
CIENCIA
FICCIÓN
GUERRA AL SOL
LUCKY MARTY
R. CORTIELLA

GUERRA AL SOL

LUCKY MARTY

GUERRA AL SOL

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53 Dr. Julián Álvarez, 151
Barcelona Buenos Aires

Depósito Legal: B. 15.144 - 1970

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

Llamada a todas las estrellas. ¡Llamada a todas las estrellas! Si hay en el Universo espíritus capaces de captar este mensaje, que respondan.

Leo Szilard

Capítulo PRIMERO

El profesor Jacques Hathaway ya había cumplido los setenta años, pero sus pasos eran elásticos y decididos cuando se dirigía al despacho de Henry Ross, director-gerente del Observatorio Astrofísico «Venus I», uno de los doce satélites artificiales que el hombre había conseguido estabilizar en la órbita de este planeta.

Jacques Hathaway llevaba dos años destinado en aquella Base Espacial, luchando desdé el primer día que le enviaron allí por regresar a la Tierra, sin haber recibido nada más que vagas excusas y finalmente negaciones rotundas por parte del director-gerente, quien, la última vez, le había contestado sin rodeo alguno:

—Confórmese con morir aquí, profesor. ¡Ya es muy viejo para resistir el viaje de regreso!

Jacques Hathaway siempre había sido un hombre tenaz y obstinado, y por eso aquel día estaba dispuesto a formular, una vez más, su petición, Pero era consciente de que Henry Ross era tan obstinado como él, por lo que dijo a su primer ayudante, Paul Román:

—¿Dispuesto a todo, Paul?

—Sí, profesor.

—¡Pues adelante!

Ya estaban en el pasillo central, pero Jacques Hathaway sabía que aún debían pasar varios controles electrónicos. Por eso sacó su placa de identificación, la introdujo en la ranura correspondiente y esperó. El complicado mecanismo empezó a funcionar; varias luces parpadearon hasta que la placa fue arrojada por otra ranura de donde la sacaron los dedos bien cuidados del famoso astrofísico.

La invisible barrera de rayos protectores ya debía estar desconectada, y tanto Jacques Hathaway como su primer ayudante, Paul Román, se dispusieron a continuar avanzando por el ancho pasillo metálico, pero, al dar el primer paso, el astrofísico percibió la descarga eléctrica y, tras echarse atrás, malhumorado, bramó, sostenido por los brazos de su joven colaborador:

—¡Condenado sea! ¡Ya ha vuelto a cambiar la combinación del registro!

Paul Román observó con alarma a su jefe.

—¿Está bien, profesor? —preguntó.

—Sí, Paul... El voltaje es pequeño. ¡Pero no podremos pasar!

Aquélla era una forma muy eficaz que el director gerente del «Venus I» tenía para aislarse del resto de los hombres destinados en la Base Espacial. Con férrea disciplina regía a todos los científicos que colaboraban con su labor investigadora, anunciándoles cuando algún descontento protestaba:

—«Envíenme sus peticiones de traslado y yo las cursaré por conducto reglamentario... si es que considero lógica la petición.»

Y el vehemente profesor Hathaway resumía esta actitud diciendo:

—Eso es tanto como decirnos: ¡Si me sale de las narices, lo haré!

Pero el férreo Henry Ross nunca se molestaba en replicar a sus comentarios; todo lo más, sonreía al famoso astrofísico dulcificando algo sus enérgicas facciones, al añadir:

—«Siga trabajando, profesor Hathaway. ¡No nos han enviado aquí para perder el tiempo en discusiones bizantinas!»

Paul Román, al ver la cólera reflejada en el rostro con arrugas de su jefe, le propuso:

—¿Quiere que pruebe con mi placa de identificación, profesor?

—Será inútil, Paul. ¡Te digo que habrá cambiado todos los registros! Se encastilla en esa parte de la Base y desde ahí nos dicta sus órdenes... ¡Como si fuera un rey!

Amenazó con el puño cerrado a la invisible barrera de rayos que les cortaba el paso y gritó a la vez:

—¡Algún día sabrán de todo esto en la Tierra, bribón!

Paul Román, mucho más joven, pero también con más paciencia que su irritable profesor, introdujo en la ranura correspondiente su placa de identificación y esperó a que el mecanismo electrónico funcionara. Al poco, su placa le era devuelta y según comprobó, adelantando la mano cautamente, ya no encontrarían obstáculo para avanzar por el amplio pasillo.

Jacques Hathaway hizo una mueca y le miró sonriente. Alabó:

—Siempre tan eficaz, Paul. ¡Eres insustituible, mi joven amigo!

—Gracias, profesor.

Luego le vio avanzar junto a él, nuevamente con el ceño fruncido. Seguro que iba pensando que' aquello constituía una ofensa personal. Si siendo jefe del observatorio de Astrofísica le negaban la entrada en aquella parte de la Base, ¿por qué se le rebajaba permitiéndosela a su ayudante?

El segundo control no constituía una barrera tan infranqueable: dos hombres montaban guardia junto al ascensor elevador. Uno de ellos se adelantó saliendo de la cabina. Les saludó con gesto amistoso, pero les pidió

las placas de identificación.

Paul Román presentó la suya, atajando antes de que pusiera ningún inconveniente el centinela:

—Es preciso que el señor Ross hable con el profesor Hathaway. ¡Yo me hago responsable!

—Bien... Si su placa fue recibida por el Registro... ¡Allá usted, señor Román! Señal que el director gerente le permite llegar hasta aquí.

Sabían lo que tenían que hacer. Montar en el elevador y ascender hasta la quinta planta. Una vez allí, la cinta transportadora los llevaría hasta los controles centrales de la Base, pero no sin que antes las células fotoeléctricas los fueran registrando mientras la cinta les trasladaba. Con ello, se daría la autorización final de que podían continuar hasta la puerta del despacho del director gerente.

Pero una vez estuvieron ante aquella puerta...

Un altavoz anunció con voz metálica:

—¡Deténgase, profesor Hathaway! El Registro no aceptó su placa de identificación.

Paul Román miró a su jefe, que replicó malhumorado:

—¡Al diablo! ¡Ya estoy aquí y seguiré!

—¡Deténgase y regrese a su puesto! —volvió a ordenar la misma voz impersonal.

—¡Tendrán que matarme! —volvió a gritar el científico.

—¡Lo haremos! —fue la respuesta.

Varios orificios se abrieron a lo largo del pasillo deslizante, dispuestos a lanzar sus rayos nada más recibir la orden electrónica del «Cerebro». Paul Román cubrió con su cuerpo joven y robusto el delgado del viejo científico, abrazándose a su jefe al exclamar:

—¡No, por favor! ¡Es de vital importancia que el director gerente hable con el profesor Hathaway!

La cinta transportadora les dejó ante la puerta del director. Una pantalla se abrió en la pared metálica y el rostro enérgico de Henry Ross se perfiló allí, moviendo la línea recta de sus delgados labios al decir:

—Pase usted solo, Román. ¡No quiero hablar con ese viejo loco!

Jacques Hathaway se deshizo de los brazos de su joven ayudante, poniéndose a bramar ante la pantalla:

—¡Tendrás que hacerlo, bribón! ¡Esta vez tendrás que escucharme! ¡No

podemos aguantar más! ¿Te enteras? ¡Que todo esto se desintegre va a ser cuestión de horas! ¡De uno o dos días, todo lo más, estúpida mula testaruda!

Desdé el interior de su despacho, Henry Ross pulsó uno de los múltiples botones que había en el tablero de mandos de la derecha. La conexión estaba dada y los visitantes sólo tendrían que avanzar hacia la puerta para que, al acercarse, su campo de energía cediera a metro y medio antes de llegar; luego quedaría tan herméticamente cerrada como siempre.

Medio minuto después, ya pisando el suelo de caucho del amplio despacho, los dos hombres quedaron ante él, y el director gerente sólo se dignó mirar al joven ayudante del famoso astrofísico.

—¿Y bien, señor Román...? —preguntó un tanto despectivo.

—¡No es con él con quien tienes que hablar, sino conmigo! —intervino Jacques Hathaway.

Henry Ross decidió abandonar su asiento y avanzó hacia sus visitantes. Conociéndole, se notaba que se esforzaba por conservar la calma y parecer complaciente, pero medio lo consiguió al replicar:

—He escuchado demasiadas veces sus peregrinas teorías, mi «querido» profesor...

—¡Pero siempre me has tratado como a un loco!

—¿Es que acaso no lo es, Hathaway? Su posición es impropia de un científico de su talla y puede usted agradecerme que no le haya encerrado.

—¡Eso faltaba! ¡Atrévete, truhán!

—¿Observa cómo su comportamiento no es muy digno, profesor? El hecho de que me lleve usted algunos años no le autoriza, ni a tutearme, como hizo siempre, ni a gritarme.

—Tu puesto tampoco te autoriza a negar la verdad.

—¿Qué verdad, profesor? ¿Las suyas?

—¡Verdades científicas bien demostrables!

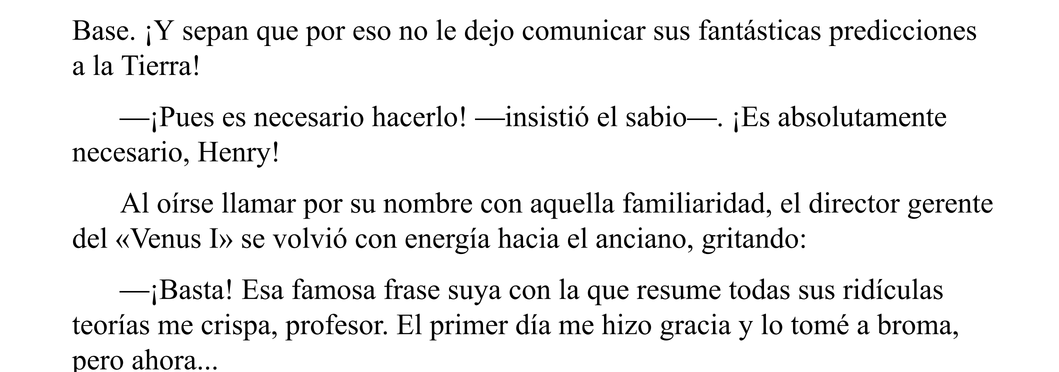
—¡No sea niño! Al menos desde que llegó a. «Venus I», usted no «ha demostrado» nada. ¡Absolutamente nada!

Ansioso de cortar aquella discusión, Paul Román intervino tímidamente:

—Sin embargo, señor Ross... Lo que dice el profesor Hathaway puede ser verdad. Cada vez, los signos de lo que predice son más claros.

Henry Ross hizo un signo de cansancio con los hombros. Como haciendo una concesión a Román, declaró:

—Pues que siga prediciendo, pero sin alarmar al restante personal de la



Base. ¡Y sepan que por eso no le dejo comunicar sus fantásticas predicciones a la Tierra!

—¡Pues es necesario hacerlo! —insistió el sabio—. ¡Es absolutamente necesario, Henry!

Al oírse llamar por su nombre con aquella familiaridad, el director gerente del «Venus I» se volvió con energía hacia el anciano, gritando:

—¡Basta! Esa famosa frase suya con la que resume todas sus ridículas teorías me crispa, profesor. El primer día me hizo gracia y lo tomé a broma, pero ahora...

—¿Qué te asusta, Henry? ¿Que diga que es preciso haberle la guerra al Sol?

Como buscando su ayuda, Henry Ross se volvió hacia el ayudante del astrofísico y le preguntó:

—¿Lo ve, Paul? Sigue con la misma estupidez. ¿Cómo pensará este viejo loco que podemos hacerle la guerra al Sol? ¿Y por qué esa majadería?

—¡No estoy loco ni es ninguna majadería! —se defendió con furia el aludido—. Y si en vez de tener serrín en esa cabezota rapada de militar se almacenase en ella una milésima parte de la ciencia que tengo metida en la mía, al menos escucharías de una condenada vez todas esas teorías que llamas estúpidas.

Henry Ross buscó los ojos del joven Paul Román y vio en sus vivaces pupilas inteligentes un ruego, remachado por su voz al pedir:

—Hágalo, señor Ross... ¡Le aseguro que su responsabilidad es muy grande!

Molesto, volviendo a sentarse en su cómodo sillón tras la monumental mesa, el director gerente del «Venus I» dijo con voz sorda:

—Soy consciente de mi responsabilidad, Paul. ¿Por qué creen que me han puesto al frente de esta Base Espacial?

—¡Es que no se trata de esta Base solamente! —declaró con su acostumbrada vehemencia el anciano astrofísico—. ¡Ahí está uno de tus primeros errores!

Ayudándose con los gestos elocuentes de ambas manos, Henry Ross pidió, aunque algo desabridamente:

—¡Vayamos por partes, profesor Hathaway! Y la primera es que no admitiré ni un solo grito.

Estoy dispuesto a escucharle, pero con calma, puntualizándolo todo y de una forma sencilla y llana, para, como usted mismo dice, que mi «cabezota

rapada de militar» pueda comprender todas sus teorías...

Hizo una pausa, les invitó a sentarse y luego autorizó:

—¡Empiece!

Entonces, Jacques Hathaway hizo algo que nunca olvidaba cuando tenía que ponerse a hablar durante algún tiempo. Se quitó la dentadura postiza, mientras se arrellanaba en el cómodo sillón y empezó a decir:

—Insisto en que debemos hacer la guerra el Sol... ¡Porque él nos va a arrastrar a una catástrofe!

Capítulo II

El jefe de la Base Espacial «Venus I» hizo un gesto agrio al volver a oír aquello, pero su anciano interlocutor prosiguió diciendo:

—Ante todo, yo también voy a pedirte una cosa, Henry, no me interrumpas y permite que diga las cosas a mi manera. Y deja de pensar en el Sol como si fuera un «padre» bondadoso y complaciente, que envía sus dones a todo el sistema planetario en forma de calor y radiaciones que producen la vida —hizo una pausa antes de añadir—: A este respecto, la Naturaleza es ciega y si al Sol le ha correspondido ese papel no hace más que cumplirlo. ¿Estamos?

—Siga, profesor.

—Bien, aunque no seas ningún astrofísico ni ninguna lumbrera de la Ciencia, tienes los suficientes conocimientos para comprender lo que voy a decir. Pero, aunque solamente sea para refrescar tu memoria, es preciso que te recuerde los siguientes datos. —hizo una nueva pausa, antes de proseguir—: El Sol es el astro rey de nuestro sistema planetario y presenta las siguientes características: un radio de 659.000 kilómetros, equivalentes a 109,05 radios terrestres, un volumen 1.301.200 veces el de la Tierra. Una superficie igual a 11.900 veces la terrestre. Una masa 333.432 veces superior, suponiendo la de la Tierra igual a 1. Su densidad con relación a la terrestre es de 0,256 y con la del agua de 1,4. Ya sabes que la duración de su rotación es de 25 días, 5 horas y 37 minutos, con una inclinación del ecuador solar sobre la eclíptica de 7° 15” y una distancia media a la Tierra de 149.504.201 kilómetros, que viene a ser 23.400 radios terrestres...

Henry Ross pestañeó con muestras de impaciencia, pero volvió a prestar atención a la voz del profesor que continuaba diciendo:

—El brillo en la superficie del Sol equivale al que podrían producir 240.000 bujías por centímetro cuadrado, y se calcula que cada centímetro cuadrado de su superficie emite 1.550 calorías por segundo. Desde el punto de vista puramente químico, el Sol está constituido por los mismos elementos que la Tierra, abundando en él especialmente el hidrógeno, el helio, el oxígeno, el silicio, el calcio y el hierro. En cuanto a sus condiciones físicas, diremos que la temperatura en su superficie es del orden de los 6.000°, aumentando hacia el interior hasta alcanzar temperaturas de 14,15 o hasta 20 millones de grados.

»De esto deducimos con certeza que en su centro debe existir una presión formidable que puede ser evaluada en millares de atmósferas, por lo que la

materia debe encontrarse allí en un estado especial de desintegración nuclear. La irradiación de calor y de luz por parte del Sol ha sido explicada, después de desechar varias hipótesis, por el astrofísico Bethe mediante el llamado «ciclo de carbono», o, mejor aún, por el denominado «ciclo protón-protón», que, como en el anterior, produce energía partiendo del hidrógeno, quedando helio como restos de la combustión...

»Esta última reacción requiere menos temperatura que la del «ciclo del carbono», la cual precisa 20 millones de grados por lo menos. Y examinando el Sol desde sus capas externas hacia el interior, encontramos, en primer lugar, lo que llamamos la «corona». Sigue después la «cromosfera», la «capa inversora» y la «fotosfera». En esta «fotosfera» se distinguen la «granulación solar», constituida por los llamados «granos de arroz», pequeñas manchas brillantes que destacan sobre un fondo gris, siendo sus dimensiones variables entre 200 y 1.500 kilómetros de altura y de naturaleza inestable. También tienen allí asiento las «manchas» y las «fáculas». Las manchas son regiones oscuras de dimensiones muy variadas formadas por núcleos centrales llamados «sombra», rodeados de anchas fajas de «penumbra». A veces se presenta formando agrupaciones que pueden llegar a alcanzar varios centenares de kilómetros de longitud, siendo visibles, en tal caso, a simple vista desde la Tierra.

»Las «fáculas», en cambio, son regiones más luminosas que el resto de la fotosfera y de temperatura superior. Las manchas se localizan en dos regiones del Sol que se extienden desde los 5° a los 35° ó 4° al N. y al S. del Ecuador solar. La «capa inversa» (llamada así por el efecto de invertir las rayas del espectro, haciéndolas oscuras en vez de brillantes, como serían sin ella), tiene sólo un espesor de algunos centenares de kilómetros y su temperatura es inferior a la de la «cromosfera», llamada así por su brillante matiz rosado. Su altura es de unos 10.000 kilómetros y está constituida por vapores de calcio, helio e hidrógeno. En ella tienen lugar las llamadas «protuberancias», inmensas proyecciones de gases luminosos, que presentan una gran variedad de formas y pueden llegar a alcanzar alturas hasta de centenares de miles de kilómetros. Entre ellas se han descubierto las llamadas «fulguraciones», nombre debido a su extraordinario brillo y a su efímera existencia, las cuales ejercen una influencia muy acusada sobre el magnetismo terrestre y, por lo tanto, sobre las mismas personas...

»La «corona» se desarrolla hasta distancias enormes, siendo su aspecto el de una luminosidad blanca de brillo decreciente a medida que está más lejos de la superficie del Sol. Hace muchos años, antes que la ciencia avanzara, la «corona» no era visible más que durante los cortos instantes de un eclipse de Sol, pero ahora sabes que puede ser observada perfectamente por medio del «coronógrafo».

«Tanto las manchas como las protuberancias, y asimismo la extensión de

la corona, experimentan períodos de destacada actividad o desarrollo, cuyo promedio de duración es de unos 11,1 años. El ascenso el mínimo al máximo suele tener una duración de unos 4,6 años y el descenso al mínimo de unos 6,5 años. La variación de la actividad solar es hoy día bien conocida mediante los llamados «números relativos de Wolf», y de ellos poseemos registros desde el año 1750 hasta nuestros días...

Solamente al llegar aquí Henry Ross pareció sorprenderse al ignorar tan importante dato. Tuvo que preguntar, bien a su pesar:

—¿Dice que tenemos registros de esos períodos de actividad del Sol desde hace 650 años, profesor?

Con visible satisfacción por conseguir interesarle en algunos de aquellos datos, el profesor Jacques Hathaway manifestó:

—Así es, Henry... Para ser más exactos, desde hace 653 años, ya que estamos en el 2404...

—Siga usted, Hathaway...

—Por lo que respecta a ponerte en situación, ya me queda poco. Bastará recordar que el Sol, además de radiaciones luminosas, caloríficas y electromagnéticas, constituye a la vez un formidable foco de emisiones radioeléctricas, que dan lugar a toda una gama de lo que nosotros, los astrónomos, llamados «ruidos solares» detectados por los radiotelescopios y estudiados, como bien sabes, por los especialistas en Radioastronomía...

—Así es, profesor...

—Pues bien, todo esto que te he recordado se mueve entre las miríadas de estrellas hacia un punto remotísimo, designado con el nombre de «apex» que, según calculó el insigne Campbell, se halla situado a A.R. 17 horas 52 minutos D = = 25° 3’ y... según el sabio Boss, en A.R. 18 horas 0 minutos y 34° 3’, ambos puntos entre las constelaciones de Hércules y de Lira en la Vía Láctea, a la velocidad de unos 19 kilómetros por segundo, con respecto a las estrellas más próximas...

—¡Muy interesante, profesor! Pero ahórrese todos esos datos que ya conozco para entrar en materia.

—No hay que ser impaciente, Henry, lo hago para representar en tu mente todo lo que esto significa, con volúmenes, dimensiones, magnitudes, velocidades y demás, capaces de que puedas hacerte cargo de la gran catástrofe que se avecina...

Pareció volver a coger el hilo de su disertación científica, al seguir:

—El Sol gira en torno al centro de la galaxia a una velocidad de 270 kilómetros por segundo, siendo el período de su traslación, llamado «año cósmico», de unos 200 millones de años... Pero no nos asombremos, querido

Henry... Y no lo hagamos porque nuestro querido padre Sol, nuestro astro rey que nos arrastra por los infinitos caminos siderales, está clasificado en el diagrama de las estrellas de Herzsprumg-Russell como de clase dG2; es decir, entre las estrellas de clase G, enanas de la serie principal...

Con visible intención, el director gerente del «Venus I» comentó:

—Todo eso que me recuerda me hace pensar en la pequeñez de nuestro Sistema Solar, profesor. De ahí surge en mí una idea de humildad, haciéndome aborrecer a los hombres que, por su ciencia o por lo que sea, se muestran soberbios...

Paul Román parpadeó al percatarse de la indirecta, pero el profesor Jacques Hathaway replicó con no menos brío:

—No es inmodestia por mi parte el exponer todos esos conocimientos que, por otro lado, resultan elementales para cualquier astrofísico normal. Te repito que es deseo de situarte en lo que calculo que va a ocurrir, a la vista de mis comprobaciones astronómicas.

—Vayamos, pues, a esas comprobaciones que dice, profesor.

—Pues bien... ¡Vayamos a ellas, Henry!

Buscó nerviosamente entre sus bolsillos repletos de informes, papeles, datos anotados, cifras y mediciones radioastronómicas, diciendo cuando localizó lo que deseaba:

—Aquí tienes las observaciones de intensas ondas gravitatorias que provienen, aparentemente, del centro mismo de la Vía Láctea. Yo las he observado, las he medido, las he analizado y he llegado a la conclusión de que contradicen tanto la teoría física que hasta ahora nos viene rigiendo, como los conocimientos actuales del Universo que todos los hombres de ciencia poseen.

—En una palabra, profesor Hathaway... que usted es el único que hasta ahora posee la verdad. ¿No quiere decir eso?

—No quiero decir tal cosa, pero sí que posiblemente he estado en mejores condiciones de observación que todos mis compañeros. No olvides que estoy destinado aquí desde hace dos largos años y que antes estuve en los observatorios de Júpiter, Urano y Plutón.

—En efecto, profesor. No puedo olvidarlo... En su expediente hay constancia de sus servicios prestados en esas Bases y... ¡No precisamente con muy buenos informes!

El anciano profesor Jacques Hathaway hizo un gesto vago con sus manos delgadas v largas cargadas de papeles.

—Olvida eso, Henry; que yo sea a veces un viejo cascarrabias y rebelde,

no quiere decir que sea un inútil.

—No digamos tanto, profesor. ¡Pero un inadaptado, sí! Y si me apura, le diré que, con sus extrañas ideas, sus fantásticas teorías del Universo y toda su insolente actitud, usted es más bien un individuo subversivo.

El joven astrofísico Paul Román pudo ver, en la rígida actitud de su jefe, que al viejo Jacques Hathaway no le gustaba aquel calificativo. Temió que se pusiera nuevamente a gritar e insultar al rígido director gerente del «Venus I», echando a rodar su benevolencia para escucharles, aunque quedó gratamente sorprendido al observar que el profesor se dominaba y conseguía decir:

—Verás, Henry. Ya he cumplido los setenta años y creo tener derecho a calificarme como un intelectual puro, ya que otras cosas, por mi edad y por otras muchas consideraciones, ya no me interesan. Y con esta larga experiencia te digo que, en todos los países de la Tierra, el destino del intelectual es ser subversivo... Sí, mi joven amigo, sí. La actitud negativa que los hombres como tú ven en los que son como yo, si lo miras objetivamente, encuentra siempre una justificación, aunque no sea nada más que en la medida en la cual se identifican con la mala conciencia de una parte de la opinión...

Henry Ross quedó algo confuso por aquella rebuscada y filosófica réplica que no llegó a comprender del todo. Así que volvió a invitarle un poco molesto:

—Siga con sus observaciones sobre la Vía Láctea, profesor.

—En el fondo, para mí son simples, aunque no dejan de ser inquietantes. Lo que me preocupa es la cantidad de energía requerida, según las actuales leyes físicas, para que esas ondas gravitatorias que provienen del centro de la Vía Láctea hayan podido ser detectadas por mis instrumentos. Para generar tales ondas desde el centro de la galaxia en la que nos movemos, calculo que sería necesaria una fuerza equivalente a una explosión atómica de una masa doble a la del Sol, que se convirtiera completamente en energía.

Hizo una estudiada pausa para que los dos hombres que tenía ante él pudieran reflexionar, añadiendo con más fuerza y énfasis:

—Y lo «fantástico» es que las explosiones más potentes, observadas por mí unas dos veces por año... ¡Es que requieren unas diez veces más energía que la que he dicho!

—¿Cómo? —acertó a decir, realmente alarmado y perplejo, Henry Ross.

—Así es, Henry.

—¡Eso es imposible, profesor! Si el material del centro del sistema estelar espiral, del que son parte el Sol y la Tierra con todo nuestro Sistema, ardiese de tal forma, no podría esperarse que siguiera existiendo.

Señalando al techo de la amplia habitación, Jacques Hathaway dijo:

—Pues la galaxia sigue existiendo, Henry. ¡Puedes verla por mis instrumentos! ¡Sigue allí! Y lo malo es que van aumentando esas explosiones que capto, desarrollándose procesos desconocidos para la ciencia.

—Bien, profesor, admitamos que es así. ¿Qué puede eso significar para nuestro Sistema Solar?

Sin vacilar, Jacques Hathaway contestó con convicción:

—¡La destrucción total de nuestro Sistema Solar! ¡El caos! ¡El fin!

Los tres hombres guardaron silencio, roto por el joven astrofísico Paul Román que intervino para remachar las palabras de su maestro:

—El profesor Hathaway ha observado ciertas anomalías también en el Sol, señor Ross. Los períodos de once años en los que su actividad entra en pleno desarrollo se han acortado sensiblemente.

—¡Y tan sensiblemente! —exclamó el sabio—. Esos períodos han quedado reducidos ahora a seis meses.

—¿Y tienen alguna relación con las explosiones de la galaxia que usted ha observado, profesor?

—La pregunta es absurda, Henry. ¡Claro que tienen que ver! Hay una correlación directa. Si las ondas gravitatorias llegan hasta nosotros y son registradas por nuestros instrumentos, con mayor intensidad llegan al Sol.

—¿Y qué podemos hacer?

—¡Deshacernos del Sol! ¡Desprendernos de él! ¡Salimos del Sistema! ¡No querer saber nada con ese «padre» ingrato que terminará por destruirnos, llevándonos a la vorágine de la galaxia que estallará en mil pedazos, desintegrándose!

Una vez más, Henry Ross pareció alterarse al exclamar:

—¡Eso sí que es absurdo, profesor! ¡Ni un solo nombre en la Tierra, con sentido común, puede pensar que una cosa así es posible!

—Porque no me han escuchado todavía, Henry.

Y levantándose acusador, sin darse cuenta de que esparcía todos sus papeles y notas, añadió:

—¡Porque tú llevas dos años sin dejarme salir de aquí ni comunicar mis teorías a la Tierra!

—¿Quiere que le tomen por loco? ¡Ni un niño puede creer en la posibilidad de sacar a la Tierra de su órbita! Hay leyes inmutables, constantes. ¡No se pueden alterar, profesor! ¡La mecánica celeste se rige por la ley gravitacional o todo el Universo sería un caos inexplicable! Es como si, en mucho menor escala, nos dijera que podemos enviar a paseo a la Luna.

Jacques Hathaway no le contestó, Parecía que no le escuchaba o que, seguro de lo que él proponía, no mereciese la pena refutar nada. Y su silencio le dio nuevos bríos a Henry Ross al decir:

—Y aún admitiendo que pudiéramos generar esa fantástica fuerza para liberarnos de la gravitación del Sistema Solar, ¿adónde iríamos a parar? ¿O es que pretende convertir a la Tierra en un planeta errante, que terminaría con ser un cometa? ¿Cree que es posible la vida sin el Sol? Admitamos también que pudiéramos viajar por el espacio, desplazándonos a velocidades de vértigo. ¿Adónde iríamos a parar? ¿Bajo la atracción de qué estrella seríamos absorbidos? ¿Qué temperaturas se apoderarían de nuestro planeta? ¿Qué me dice del eje de su inclinación con respecto a nuestro Ecuador? ¿Ha pensado en los Océanos, en los mares y en los formidables casquetes de hielo polar? ¿Cree por ventura que la vida sería posible en esas condiciones? Contrariamente a lo que su joven ayudante esperaba, Jacques Hathaway no se irritó, volviendo a sentarse y decir con calma:

—Yo ofrezco una posibilidad, Henry. ¡La única posibilidad que hay! Tú, en cambio, no ofreces nada más que una larga serie de preguntas.

—¡Pero preguntas vitales, profesor! ¡Preguntas que deben ser antes contestadas!

—Lo sé, Henry. Por eso pretendo regresar a la Tierra y ponerme al habla con quien corresponda. Y como el tiempo apremia... ¡Debes dejar que regrese!

—¡Lo haré! Pero recomendando que te examinen los psiquíatras, primero.

Estaba tan excitado Henry Ross, que también había empezado a tutear al anciano profesor.

Ahora era él quien gritaba y gesticulaba, dirigiéndose al joven ayudante del astrofísico al añadir.

—Y ya que parece que usted aprueba sus descabelladas teorías, también regresará a la Tierra. ¡No quiero locos en «Venus 1»!

Paul Román aceptó:

—Se lo agradezco, señor Ross. Pero no se trata de nosotros solos. «Venus I» debe regresar también. Las manchas solares anuncian una catástrofe y esta Base podría desintegrarse. Las «fulguraciones» pueden alcanzar muchos centenares de miles de kilómetros y aquí, en torno al maneta Venus...

Colérico, Henry Ross replicó prontamente:

—¡No admito consejos con respeto a cómo debo regir esta Base! Y en cuanto a su marcha... ¡Ya veré el día que doy la orden! Ahora retírense…

Capítulo III

Se dieron cuenta de que no podían salir del laboratorio a la hora de ir al salón comedor. Uno de los hombres de servicio llegó al poco rato con las bandejas donde traía la cena, anunciándoles desde la puerta y mostrándoles a la vez el vehículo para circular por los pasillos interiores:

—Orden del comandante Raussem. Tendrán ustedes que cenar aquí.

Jacques Hathaway se adelantó a sus cinco ayudantes, para enfrentarse con el hombre que les transmitía la orden:

—Puede llevarse eso. ¡No probaremos bocado hasta que no nos permitan salir de aquí!

El hombre de servicio aclaró:

—No es cosa del comandante, profesor Hathaway. El mismo director gerente le dijo que...

—Lo sabemos, muchacho. ¿Puedes decir al comandante Raussem que venga?

Vacilaba, pero el prestigio del anciano le obligó aceptar:

—Está bien, profesor.

Aldo Raussem acudió a la llamada del profesor Hathaway y estuvo escuchándole atentamente durante más de media hora. También parecía vacilar: él era un militar y no entendía nada de astrofísica, pero las razones que le daban aquellos seis hombres encerrados por orden del jefe de la Base en el laboratorio parecían convincentes. Le resultaba difícil creer que un científico del prestigio de Jacques Hathaway pudiera engañarle, por lo que terminó por admitir:

—Está bien, profesor. Les llevaré a la plataforma de lanzamiento.

Paul Román intervino para ayudar a su jefe:

—Debe hacer más, comandante. Es preciso que tome el mando de la Base y ordene su inmediata evacuación.

Aldo Raussem volvía a vacilar. Aquello era una sublevación con todos los agravantes y juzgó prudente quedarse en un término medio al decir:

—No puedo hacer eso, Paul, la mayoría de los hombres se mostrarían fieles a Henry Ross y empezaría la lucha.

—¿Y qué importa eso, si todos están sentenciados de seguir aquí? —

volvió a terciar el profesor Hathaway.

—Señor, yo... no puedo hacer más que facilitarles la huida. Le diré al capitán Blay y a los hombres de su tripulación que regresen con ustedes a la Tierra. Pero más...

—¿Es que no vendrá con nosotros, comandante?

—No, profesor. Lo que me ha dicho usted es Muy serio. Pueden tener razón y pueden equivocarse. Si resulta lo primero, moriré en mi puesto; si es lo segundo, no tendré más remedio que aceptar las consecuencias. Pero con los atenuantes de que les creí a ustedes y no quise echar sobre mí la enorme responsabilidad que tal cosa puede significar. ¿De veras creen ustedes que nuestro Sistema Solar va al desastre?

—Hay muchas probabilidades de que sea así, comandante Raussem. ¡No creo haberme equivocado en mis cálculos!

—Bien, profesor. Eso es lo que decido.

No hubo forma de convencerle, pero los llevó a través de los pasillos y las galerías del «Venus I» hacia la plataforma de lanzamiento número 12. Allí ya les esperaba una de las poderosas astronaves y, al pie de la gigantesca mole de acero, el capitán Blay y los hombres de su tripulación.

Las órdenes no habían sido transmitidas por los circuitos interiores. El comandante Raussem había enviado personalmente a uno de sus hombres, con órdenes concretas para el capitán Blay sobre un vuelo de emergencia.

Y el destino era la querida y lejana Tierra.

Un diminuto punto perdido en el espacio, al que no regresarían más ninguno de los 514 hombres que aún seguían en la Base Espacial «Venus I».

Incluyendo al pundonoroso comandante Raussem.

* * *

El capitán Blay Farrell ignoraba que llevaba a seis fugitivos en su astronave, pero se enteró al terminar la tercera órbita en torno a Venus y cuando se disponía a poner el piloto automático que les llevaría hasta la proximidad de la Tierra.

A través del intercomunicador les llegó la voz del director gerente de la Base Espacial «Venus I», que les ordenó imperiosamente:

—¡Regrese usted, Farrell! ¡Todas las órdenes del comandante Raussem quedan anuladas! ¡Les está hablando Henry Ross!

Blay Farrell fue a contestar, pero la pistola del joven astrofísico Paul

Román ya le estaba apuntando a la nuca. El profesor Jacques Hathaway había previsto una cosa así y, en compañía de sus cinco ayudantes, había tomado sus precauciones.

—El viaje debe seguir, capitán Farrell —se limitó a decirle Paul Román.

—¿Qué significa esto? —empezó a gruñir.

—Ya lo sabrá al llegar a la Tierra. Allí le espera un ascenso... ¡o un proceso!

—¿Por qué huyen? Ya me parecieron muy precipitadas y de forma poco usual las órdenes del comandante Raussem.

—Él está en la misma situación que ustedes, capitán. Y le advierto una cosa: el futuro de la Humanidad puede estar en nuestras manos. ¡Hay mucho en juego para que vacilemos en esto!

Blay Farrell terminó por rendirse ante la imposibilidad de hacer otra cosa. Resultaba absurdo ponerse a pensar que hombres como el profesor Jacques Hathaway, Paul Román y los otros cuatro astrofísicos, eran simples piratas del aire. Pero aún dijo antes de fijar el piloto automático y trazar la ruta:

—Espero que tengan buenas razones para hacer esto. Si no es así, no olviden que en todo el Sistema no podremos aterrizar... ¡Eso si no salen a interceptarnos!

—Si lo intentan, usted procurará por todos los medios continuar el viaje. Concretamente deseamos aterrizar en Wosmoreland, junto a la frontera canadiense y el lago Michigan.

—¿Por qué precisamente en ese astródromo?

—En Wosmoreland está instalado el Observatorio Astrofísico más potente de la Tierra —aclaró el profesor Hathaway—. Hace unos años, yo mismo dirigí el emplazamiento de sus instalaciones. Antes de llegar intentará ponernos en comunicación directa con el Departamento de Defensa de Washington.

El joven capitán Blay Farrell sonrió levemente.

—No tema, profesor. ¡Ellos se pondrán en comunicación con nosotros!

—¡Mejor! Necesitamos que al llegar a Wosmoreland ya estén reunidos en el Observatorio Astrofísico los científicos mejores del mundo. ¡Debo informarles de algo que llevo dos largos años observando en nuestra galaxia, capitán!

Luego, el anciano profesor cambió de tono de su voz al advertir a toda la tripulación:

—En sus manos puede estar la vida de diez mil millones de personas.

Pero no olviden que en las nuestras quedan las de ustedes. Una simple vacilación en cumplir nuestras órdenes y...

El movimiento de su mano armada fue más que significativo. Estaba claro que ninguno de aquellos hombres dudaría en accionar el gatillo de su arma. En los ojos de aquellos seis científicos se podía leer la firme decisión de llegar a la Tierra, y Blay Farrell hizo en su mente una clara composición de lugar: obedecerles en todo y más tarde esperar.

Esperar a ver lo que sucedía.

A fin de cuentas, a él le forzaban a actuar así.

* * *

Alida Hathaway vio su hermosa finca invadida por una legión de policías, que empezaron a coserla a preguntas y a registrar la casa. Precisamente aquel día daba una gran fiesta en su mansión de Rock Hill, y todos sus invitados también se vieron importunados por aquellos energúmenos de uniforme gris, con las insignias del Gobierno Central de la Confederación de Estados de Occidente.

Tan vehemente como su abuelo, con el genio tan vivo como el sabio astrofísico, Alida Hathaway quiso protestar y el jefe de los policías objetó:

—Señorita Hathaway... Su abuelo ha hecho algo inusitado e increíble.

Alida sonrió divertida al decir:

—Es posible; mi querido abuelo siempre ha sido un hombre genial. Apuesto a que se las cantó claras a algún alto personaje del Gobierno.

—No se trata de eso, señorita.

—¿Entonces...?

—Ha secuestrado una astronave de la Base Espacial «Venus I». Parece ser que regresa a la Tierra con sus cinco ayudantes.

—Eso me alegra, oficial. ¡Hace un siglo que no le veo!

—Me temo que ahora tampoco podrá verle durante mucho tiempo. ¡Eso es un grave delito, señorita Hathaway!

—No se preocupe, oficial. Tengo buenos amigos que son excelentes abogados. Supongo que será fácil defender de cualquier diablura a un viejo que ha dado días de gloria a la ciencia astronómica.

El oficial adoptó ante ella y los invitados una postura rígida al comentar:

—¿Llama «diablura» a lo que ha hecho? Ha desobedecido órdenes

superiores, ha abandonado su puesto, ha inducido a otros compañeros suyos a la sedición, ha robado una astronave y están obligando a su tripulación a que les traigan, burlando la vigilancia de unas escuadrillas que salieron para interceptar su vuelo. ¡Me parece que son suficientes delitos, señorita Hathaway!

Sin rendirse, jovialmente, Alida manifestó:

—Conozco muy bien a mi abuelo, oficial. Y si obra así, tendrá sus motivos.

Hizo una pausa antes de añadir, señalando a sus invitados que seguían en la terraza:

—Lo que me gustaría saber son los motivos de ustedes para invadir mi casa.

—Son órdenes superiores, señorita Hathaway. Al parecer, su abuelo siempre ha tenido un nutrido grupo de entusiastas y seguidores de sus fantásticas teorías, y el Gobierno Central no desea que puedan propagarse rumores alarmantes que podrían ocasionar un pánico general.

Uno de los invitados se interesó en el asunto.

—¿Un pánico general a qué, oficial?

Prudentemente, el hombre evadió la respuesta:

—No lo sé, señores. ¡Lo ignoro!

Luego se encaró con todos los presentes, indagando, aunque se dirigió directamente a la joven dueña de la casa:

—Dígame, señorita. ¿Cuánto tiempo hace que no tiene noticias de su abuelo?

—Unos dos años.

—¿De veras?

—Así es, oficial.

—¿Y alguno de ustedes no ha...?

—Si no se ha comunicado con su nieta, ¿cómo quiere que lo haga con otras personas?

—Cierto; sin embargo, aquí, en la Tierra, se sabe de lo que ahora va diciendo.

—Eso indica que usted sabe algo, oficial.

El hombre volvió a evadir la respuesta.

—Lo siento, señores. Deben dar la fiesta por terminada. Cada uno volverá

a su domicilio, pero antes pasarán ante el sargento Devies, quien les tomará sus filiaciones.

Luego se dirigió a la joven Alida Hathaway y le indicó:

—Usted tendrá que venir conmigo, señorita. Debo llevarla a Wosmoreland.

—¿Al Observatorio Astrofísico, oficial?

—Exactamente allí, señorita. ¿Cómo lo supo?

—¡Oh! Mi abuelo hace años que estuvo destinado allí. No sé por qué lo supuse así.

Capítulo IV

El vehículo volaba materialmente por la amplia cinta de la carretera. No tenía ruedas, si no que se deslizaba sobre una capa de aire de unos diez centímetros, sobre una plataforma que estaba constituida por un colchón neumático de plástico ionizado, que permitía el escape de la propulsión, sin el menor ruido en su veloz desplazamiento.

Alida Hathaway iba bastante molesta con aquel arrogante policía, que le había dicho se llamaba Peter Vilar y que tenía órdenes concretas de llevarla al Observatorio Astrofísico de Wosmoreland. De vez en cuando, la muchacha le miraba de soslayo con sus ojos verdes, hasta que al fin indagó:

—¿Me lleva detenida, oficial?

—Llámeme Peter... Y en cuanto a lo que quiere saber, ¿para qué andarle ya con rodeos, señorita Hathaway? Digamos que viene usted en calidad de rehén.

—¿Por qué?

—Muy sencillo: su abuelo se ha apoderado de una astronave. Si no descienden donde se les indique, usted...

—¡Bonitos métodos los que emplea la policía! —estalló la muchacha.

Peter Vilar guardó silencio; no tenía ganas de discutir con aquella joven altiva y de genio vivo. Por otra parte, él se limitaba a cumplir las órdenes concretas recibidas de sus jefes. Así es que, al llegar a su destino, condujo el vehículo hacia el extremo sur del área destinada al gigantesco Observatorio Astrofísico de Wosmoreland y pidió:

—Baje, por favor.

—Desearía hablar con un abogado.

—No tendrá necesidad. Simplemente, se trata de ponerla en comunicación con su abuelo. Le pedirá que siga todas nuestras instrucciones, cuando empiecen a orbitar la Tierra para descender.

Alida Hathaway observó los hombres uniformados que parecían vigilar el edificio de una planta ante el que se habían detenido. Era de estructura moderna y airosa, con jardín y parecía una de las viviendas destinadas a los empleados del Observatorio. Peter Vilar comprendió la mirada de la muchacha e intentó tranquilizarla al decir, vagamente:

—Simples medidas de seguridad, señorita.

—Diga más bien que esos hombres serán mis perros guardianes.

—¿Quiere entrar? Estará cómoda. Ahí encontrará todo lo que necesite.

—Sí... Una jaula dorada, ¿verdad?

—Usted se lo merece así. ¡No olvide que es la nieta de un gran científico!

La muchacha entró en la casa y pudo observar que estaba muy bien instalada: allí no faltaba ningún lujo, aunque cuando intentó conectar la pantalla del visófono el rostro de una muchacha pelirroja apareció en la pantalla y le dijo:

—Tiene usted la línea cortada, señorita Hathaway. Pronto repararemos la avería.

En uno de sus arranques vehementes, Alida Hathaway le sacó la lengua como una niña traviesa y replicó:

—¡Mentirosa! Diga más bien que no voy a poder comunicar con nadie.

Desde la puerta, Peter Vilar sonrió. Luego avanzó hacia ella y le recomendó:

—No intente salir y se ahorrará problemas. También quiero que me los ahorre a mí, señorita Hathaway. ¡No crea que me gusta esta clase de trabajo!

—¡Pero lo hace!

—Cada uno cumple con su obligación. Al parecer, lo de su abuelo es más serio de lo que en un principio se creyó.

—¡Mi abuelo no puede haber hecho nada indigno!

Un hombre alto y fuerte, con el uniforme de las Fuerzas Aéreas y los galones de general, se perfiló en la puerta que aún estaba abierta y desde allí les dijo, con una voz opaca cargada de tonos graves:

—¡Se equivoca, señorita Hathaway! Su abuelo siempre ha sido un loco, que hace tiempo debía estar recluido. Se optó por destinarle a los distintos Observatorios Astrofísicos de las Bases espaciales, pero allí, por lo visto, ha seguido haciendo de las suyas.

Desde el centro de la habitación, Alida Hathaway se limitó a mirar al recién llegado y luego, cambiando la dirección de su mirada, buscó las pupilas de Peter Vilar. El agente del Gobierno Central creyó captar la pregunta de la joven y presentó:

—El general Adolf Tiffin, señorita.

Con una franqueza que era habitual en ella, la muchacha no se movió para acortar la distancia que le separaba del hombre que avanzaba con la diestra extendida, limitándose a decir:

—Lo siento; no puedo decirle que estoy «encantada» de conocerle, general. ¡Lo que ha dicho de mi abuelo no me gusta!

—A nosotros nos gusta menos lo que ha hecho. ¡La Base Espacial «Venus I» ya no existe!

Peter Vilar se acercó al hombre que lucía el uniforme de general, indagando muy alarmado:

—¿Cómo dice?

—Tal como lo oye, Peter. ¡Ha saltado en mil pedazos!

—¿Sabotaje, señor?

—Es muy posible. Las noticias de «Venus II», «Venus III» y los otros satélites artificiales en torno a Venus son muy confusas. Unas extrañas ondas parecen interrumpir las comunicaciones normales.

Alida Hathaway se alarmó y aquella vez sí que avanzó hacia los dos hombres, preguntando angustiosamente:

—¿Y creen que eso es obra de mi abuelo?

Fue el rígido general Adolf Tiffin el que contestó:

—Por lo menos, hasta ahora así lo parece, señorita. ¡Allí había más de quinientos hombres!

—¡Pero es ridículo pensar que mi abuelo hizo eso!

—¿Por qué ha huido entonces de «Venus I», obligando al capitán Blay Farrell a regresar a la Tierra con su nave?

Luego, el general Adolf Tiffin pareció olvidarla y, dirigiéndose al policía, ordenó:

—Venga, Peter. ¡Veremos si podemos aclarar todo esto!

Sólo al llegar ante la puerta, el alto y arrogante policía se volvió para recomendar a la muchacha:

—Haga todo lo que le he dicho, Alida. Volveré pronto.

* * *

El profesor Jacques Hathaway rechazó todas las acusaciones con gesto olímpico, encarándose con el general Adolf Tiffin al decir:

—¡No sean niños! El desastre ocurrido se debe a un estúpido llamado Henry Ross. ¡Mi ayudante, Paul Román, y yo le avisamos con tiempo!

Y luego, dejándoles aún más perplejos, empezó a hurgar en sus bolsillos

al añadir:

—¡Y se lo puedo demostrar!

El general Adolf Tiffin vio que ponía sobre la mesa una pequeña cajita no más grande de una pulgada. El índice largo y huesudo del anciano astrofísico la señaló.

—Ahí tienen la conversación grabada que por última vez tuvimos Paul y yo con aquel orgulloso.

La mano grande y velluda del general Adolf Tiffin fue a tomar la caja, advertido por la voz siempre con tonos irritados del científico:

—¡Con sumo cuidado, general! Todo lo que ha quedado registrado ahí es de suma importancia. Y no me refiero a la parte en que mi ayudante y yo le advertimos del peligro que podía correr el «Venus I» debido a las perturbaciones solares, si no a la exposición de todo lo que le dije a Henry Ross que estaba ocurriendo en el centro de la galaxia.

El joven astrofísico Paul Román intervino ahora,

—Podrán escuchar que el profesor Hathaway advirtió al director gerente del «Venus I», así como le expuso su teoría para intentar salvar a la Tierra.

El capitán Blay Farrell también estaba allí, con toda su tripulación, y declaró:

—Mis hombres y yo aceptamos toda la responsabilidad que nos corresponda, general. Pero creo que, en vista de lo ocurrido, deben escuchar atentamente al profesor Hathaway. Durante el viaje estuvimos hablando mucho y nos hizo sentirnos menos obligados por forzarnos a traerles a la Tierra, señor.

El general Adolf Tiffin hizo un gesto al policía Peter Vilar, quien a su vez les indicó a todos que empezaran a salir. Un vehículo les esperaba frente al edificio, pero, antes de subir a él, Jacques Hathaway se volvió al militar diciéndole con vehemencia:

—Ha sido una majadería traer a mi nieta aquí. Con ella o sin ella, le aseguro que habríamos aterrizado.

El general Adolf Tiffin pareció molestarse por aquello de la «majadería». Tenía informes de que aquel genial astrofísico con fama de loco empleaba un lenguaje bastante ofensivo cuando se sentía enfadado; pero no estaba dispuesto a ser ahora el blanco de sus pullas y advirtió, moviendo en su mano la cajita que contenía la importante grabación que le dio:

—Vamos a someter esto ante quien corresponda, profesor Hathaway. Pero le advierto que hasta ahora su situación es muy delicada como para que no mida cada una de sus palabras. Y si fue o no una «majadería» traer a su

querida nieta hasta aquí, no es a usted a quien le toca decidirlo.

Jacques Hathaway no se amilanó, refunfuñando mientras, su joven ayudante Paul Román le ayudaba a subir al vehículo:

—¡Bah! ¡Militares!... Siempre tan tiesos y rígidos como muñecos sin voluntad. ¡Detesto los uniformes!

Capítulo V

El informe presentado a las máximas autoridades del Gobierno Central de la Confederación de Estados de Occidente no era precisamente muy tranquilizador.

El aquel documento abundaban expresiones como éstas: «...fantástica teoría de hacerle la guerra al Sol»; «...fin, en todo caso, de la Humanidad»; «Gigantescas explosiones nucleares en el centro de nuestra galaxia»; «Liberación de las fuerzas gravitatorias que sujetaban a la Tierra con el Sistema Solar»; «Posible viaje del planeta Tierra por el espacio infinito, hacia un más allá remoto y desconocido»...

Luego, en más de quinientas cuartillas bien impresas, venían anotadas las observaciones astrofísicas del profesor Jacques Hathaway, investigaciones que se remontaban a más de veinte años cuando, precisamente en el Observatorio Astrofísico de Wosmoreland, había creído captar las primeras perturbaciones procedentes del centro mismo de la galaxia.

En una de sus fases investigadoras el profesor Hathaway había escrito:

«El centro de la Vía Láctea no puede verse a causa del polvo cósmico interpuesto. Polvo cósmico que, como todos los especialistas sabemos, está constituido por millones y millones de estrellas, sistemas solares muy similares al nuestro, que con toda seguridad arrastran a su «familia» de planetas. Pero si he podido observar otras galaxias, todas ellas con unos brazos aspírales de estrellas, polvo y gas, y en su centro, un núcleo intensamente brillante: de la naturaleza de estos núcleos aún no sabemos nada...»

No obstante, unos años más tarde había anotado:

«Parece que algunos irradian una energía extraordinaria, a longitudes de onda de infrarrojos y de rayos X, pero esta energía no es de la clase que indican las ondas gravitarías.»

A medida que el profesor Jacques Hathaway había ido profundizando en sus observaciones astrofísicas, parecía ahondar en los problemas que habían absorbido toda su vida, mostrándose más claro y más concreto en sus explicaciones y llegando a suponer:

«Para mí, cada día estoy más persuadido de que se trata de un colapso de las grandes estrellas. He observado que, en tales estrellas, los átomos no podrán seguir siendo separados por el calor, una vez que la estrella ha quemado su combustible nuclear. Creo que, por el contrario, se irán acercando

más y más entre sí unos con otros, por la atracción gravitatoria hasta que los átomos se contraigan al máximo. De aquí deduzco lo siguiente: el resultado será una estrella» neutra», conglomerado de partículas nucleares de miles de millones de toneladas de peso por centímetro cúbico.»

Y siempre dejando volar su imaginación de sabio, más adelante de sus informes anotados decía:

«Pero si la estrella original posee una masa suficientemente grande, el peso que presione en su centro será tan grande que su contracción, según mis teorías no acabaría ahí, sino que seguirá contrayéndose hasta que no quede de ella nada más que una enorme cantidad de energía en un espacio casi infinitamente pequeño: fenómeno que yo llamo «singularidad». Y ahora bien: realizada esta «singularidad», ¿puede extrañarnos que esos miles de millones de toneladas de peso nuclear por centímetros cúbico sigan su ciclo y vuelva a estallar nuevamente?»

Para el profesor Hathaway esto ya estaba ocurriendo y por eso sus aparatos habían detectado las ondas que provenían del centro mismo de nuestra galaxia. Por supuesto que las distancias eran enormes y que él no olvidaba los 100.000 años-luz, calculados para el diámetro de la galaxia de la que el Sol formaba parte. Precisamente por tener bien en cuenta estas distancias siderales, aseguraba que las explosiones nucleares que había «oído» eran equivalentes a un estallido atómico de una masa doble a la del Sol que, al explotar, se convirtiera solamente en energía.

Pero había más.

Sus últimas observaciones, captadas en el Observatorio Astrofísico situado en órbita en torno a Venus, eran más concretas y también más apremiantes. Aquellas alarmantes ondas gravitatorias habían llegado hasta él más fuertes y potentes. Tanto que, tras sus cálculos, había llegado a esta conclusión: el colapso de las lejanas estrellas había alcanzado un punto máximo, y la energía desplegada era del orden del estallido de diez soles.

Sólo así podía explicarse que, aquellas ondas llegaran hasta el Observatorio Astrofísico del «Venus I». El más lerdo de los astrónomos, secundado por los especialistas en acústica, podía calcular que aquellos «ruidos siderales» debían tener esa enorme intensidad para poder cruzar más de 100.000 años-luz.

Deseando explicar el fenómeno de la «singularidad» de tales estrellas, el profesor Hathaway montaba una fantástica teoría que desbarataba todos los conocimientos del Universo figurado por el general Einstein, el creador de la Rivalidad, que durante siglos y siglos había servido de patrón.

Para Jacques Hathaway el Universo estaba sujeto a violentos giros en su nacimiento explosivo. Tales explosiones provocaban acumulaciones de material que se convertía, eventualmente, en nuevas galaxias. Tales giros

generaban también «bultos» por fuera del Universo conocido, cuyos movimientos, en sus fases iniciales, daban lugar a las ondas gravitatorias por él captadas.

Sabía de sobra que sus conclusiones contradecían todas las teorías físicas, consideradas hasta entonces como válidas e inmutables. Jacques

Hathaway era consciente que el mundo científico se conmovería y que no pocos sabios, con buena o mala fe, le tildarían de loco visionario. Los conocimientos del Universo hacía tiempo que habían quedado establecidos y los científicos se mostrarían reacios a darle crédito.

Bien, a un hombre como él no le importaban tales opiniones. Su deber era seguir por encima de todo, salvar todos los obstáculos, luchar para barrer los viejos prejuicios y no amilanándose si tenía que arremeter contra el propio Einstein.

¿O acaso Copérnico no arremetió contra Ptolomeo, y Galileo no desbarató las conclusiones del primero para perfeccionarlas? ¿No vino después Newton a dar nuevas y más certeras soluciones?

¿Por qué él no podía hacerlo?

* * *

La Comisión creada para estudiar los datos del profesor Hathaway se vio forzada, al llegar a ciertas conclusiones, a devolver los documentos a los representantes del Gobierno Central de la Confederación de Estados de Occidente. Ellos no querían sobre sí la responsabilidad de decidir si eran o no acertados, diciendo por la boca de su representante:

—El problema es demasiado complicado y arduo para esta Comisión. Por otra parte, hay astrónomos, físicos, químicos y matemáticos en el mundo mejores que nosotros. Considerando bien el asunto, todo esto debería someterse a un profundo estudio a escala mundial.

A los delegados del Gobierno Central no les había gustado aquella actitud. Como norteamericano, el profesor Jacques Hathaway pertenecía al mundo Occidental y nada tenían que saber los países pertenecientes al otro bloque antagónico. Rusia, China, Japón, Australia, y toda la Polinesia, con multitud de naciones que componían la antigua Oceanía, empezaban a alcanzar un predominio al estar aglutinadas en el Gobierno Central de la Confederación de Estados de Oriente.

Ciertamente, el «G.C.C.E.O.», en el que formaban todos los países de América, Europa y África, era un bloque homogéneo de países casi igual al bloque formado por el «G.C.C.E.O.» antagónico. «Ellos» no proporcionaban

ninguna clase de información de primera mano. ¿Por qué tenía que hacerlo Occidente?

La respuesta salió de labios del representante de la Comisión creada para aquellos estudios:

—Es una cosa que nos afecta a todos por igual, señores. Ante la eventualidad de un peligro común, Oriente y Occidente deben colaborar.

Planteando así el problema, se decidió enviar una circular a todos los países de la Tierra para que estuvieran al corriente de los fenómenos astronómicos descubiertos por el profesor Jacques Hathaway. Todas las naciones debían aplicarse al estudio y la meticulosa observación de la galaxia a la que pertenecía el Sistema Solar y, por extensión, a toda la Vía Láctea.

Al mismo tiempo, enviarían al Observatorio Astrofísico de Wosmoreland a sus mejores astrónomos, físicos, matemáticos y hombres de ciencia. Una vez reunidos, el propio profesor Hathaway les pondría al corriente de sus largas investigaciones a través de más de veinte años, explicándoles con detalle la forma en que él creía que podía conjurarse el peligro.

A partir de tomar aquella extrema decisión, el profesor Jacques Hathaway se convirtió en el hombre más preciado del Universo. Toda vigilancia en torno a su persona sería poca, ya que no solamente podía desaparecer, raptado por cualquier país que anhelase la información de primera mano, sino que también había que defenderle de multitud de organizaciones privadas que, en una u otra forma, verían afectados sus muchos intereses.

Los mismos medios informativos tenían que ser amordazados al respecto. Una ola de pánico colectivo, a escala mundial, traería muy graves consecuencias. Hubo algún psicólogo que replanteó así el agudo problema:

—Suponiendo que a la Tierra le queden veinte o treinta años de existencia antes de que, según las teorías del profesor Hathaway, sea arrastrada a la vorágine de las explosiones nucleares de la galaxia, el mundo se dividirá en dos partes antagónicas. Los que hayan cumplido los cuarenta años desearán que, aun con esa terrible amenaza sobre sus cabezas, todo siga igual. Los más jóvenes, por propia conservación y también porque la juventud es siempre más audaz y amiga de las innovaciones, postularían por el riesgo de sacar a la Tierra de las leyes gravitacionales que la sujetan al Sistema Solar.

—¡Eso sería el caos! —dijeron otros estudiosos.

Caos o no, era preciso saber lo que se debía hacer.

—Ante todo —opinaron los más prudentes—, mantener el más riguroso secreto, de todo esto en las altas esferas.

—¡Exacto! El profesor Hathaway no debe hablar absolutamente con nadie, fuera de sus ayudantes, su nieta y los hombres que cuidan de su

vigilancia.

Y como el teniente Peter Vilar había sido encargado desde el principio de ello, sobre sus hombros recayó la enorme responsabilidad.

Capítulo VI

Tratándose de un hombre tan inquieto e irascible como Jacques Hathaway, la tarea no resultó sencilla.

Peter Vilar le ordenó que permaneciese siempre dentro de la casa que a él, su nieta, sus ayudantes y los hombres de la tripulación del capitán Blay Farrell les habían destinado, situada en el extremo sur del área del Observatorio Astrofísico de Wosmoreland.

El edificio era de una sola planta, pero disponía de muchas y amplias habitaciones, dotadas de las comodidades y de los adelantos más modernos. Tola aquella zona quedó terminantemente prohibida al resto del personal, estableciéndose la vigilancia continua por parte de los hombres que dependían de las órdenes directas del teniente Peter Vilar, que a su vez era responsable ante el adusto general Adolf Tiffin.

Precisamente fue el general Adolf Tiffin el que ordenó a Peter:

—Dígale al profesor que todos ellos están bajo una especie de arresto domiciliario, teniente.

Peter Vilar había pensado en las preguntas que le haría el sabio astrofísico y su vehemente nieta Alida, indagando a su vez:

—¿Bajo qué cargo les digo, general?

—¡No sé, hombre! Dígales lo que le parezca.

—No son gente que se conformen con simples palabras, señor.

—¡Está bien! Dígales que aún no ha quedado claro por qué el «Venus I» saltó hecho pedazos.

—Ellos dirán, que sí lo saben. Fue una de las perturbaciones solares que predijeron.

Molesto por la insistencia, el general Adolf Tiffin descargó:

—Pues le dice lo que quiera. ¡El caso es que ninguno, con ningún pretexto, salga de esa casa o tenga contactos con el exterior! ¿Lo ha comprendido bien, teniente?

—Así es, señor.

Pero Jacques Hathaway no estuvo en ningún momento dispuesto a acatar órdenes. No lo había hecho nunca y sus setenta años cumplidos no le impedían saltar por las ventanas al cuidado jardín que rodeaba la casa,

siempre que uno de los centinelas le cerraba el paso ante las puertas.

Sin embargo, una de las veces que cometió aquella diablura de viejo rebelde...

Los trallazos sonaron a distancia, pero al instante, el frondoso árbol bajo el que el anciano astrofísico se entretenía observando un hormiguero, empezó a derretirse hasta quedar convertido en un montón informe de masa gelatinosa.

Los centinelas corrieron hacia allí, y Peter

Vilar, que había estado jugando una partida de ajedrez con el joven astrofísico Paul Román, salió corriendo alcanzando también el exterior por una de las ventanas abiertas.

Encontró al viejo Hathaway aún inclinado sobre el hormiguero, gritándole mientras velozmente se lanzaba hacia él:

—¡Al suelo! ¿Es que no ha oído esos disparos?

Del frondoso árbol ya no quedaba más que un informe montón, y el policía calculó que el arma utilizada fue de rayos «lasser». De haber acertado al anciano, ahora éste no sería más que una masa irreconocible de carne chamuscada y huesos calcinados por la terrible eficacia del rayo.

—¡Esto es ridículo! —protestó el anciano, cuando se vio aprisionado bajo el enorme cuerpo de aquel hombre que intentaba protegerle.

El sistema de alarma ya había funcionado y varios vehículos se deslizaban veloces sobre sus colchones neumáticos hacia la casa. Venían cargados de soldados al mando de otro Oficial, que preguntó, nada más llegar a Peter Vilar:

—¿Qué ha pasado?

—Un atentado. Forzosamente los disparos han debido proceder de aquel edificio. ¡Vayan a registrarlo!

Nada más entrar, terriblemente asustada, Alida se abrazó a su abuelo que pugnaba por soltarse de Peter Vilar que lo traía. La muchacha comprobó que nada le había pasado al anciano y encontró fuerzas para decir:

—¿Por qué han querido matarle, Peter?

—No lo sé, Alida. ¡Pero es un hecho que ha sido así! Ese árbol de ahí fuera ya no dará más frutos.

Todos corrieron desde sus habitaciones a la sala central, y al verlos, en aquel instante de excitación y alboroto, Peter Vilar se dio cuenta de una cosa: en torno al hombre que debía proteger y vigilar a la vez había demasiada gente.

Paul Román, los otros cuatro ayudantes del profesor, el capitán Blay Farrell, los hombres que tripulaban su astronave...

—Les ruego que cada uno vuelva a su habitación —pidió —. Si hablamos todos a la vez, esto se convertirá en una jaula de grillos.

Pero el anciano le increpó furioso:

—¡No, teniente! No los eche. Todos deben saber que son ustedes una partida de ineptos. Han querido asesinarme, y aunque me tienen aquí para vigilarme y protegerme... ¡Casi lo consiguen! ¿De qué diablos le sirve entonces mantenerme preso aquí?

Peter Vilar tampoco era hombre que aguantase gritos y le atajó:

—¡Basta de gruñir, abuelo! ¡Aquí se hará lo que yo diga!

—¿Cómo se atreve, jovenzuelo?

—Escuche usted, profesor Hathaway, podrá ser todo lo famoso que quiera y ahora el mundo dependerá de usted. ¡Bien, lo acepto y le reconozco todos sus méritos y toda su ciencia! ¡Pero mientras esté aquí, me obedecerá!

Le miraba de forma extraña con sus ojillos cansados de explorar los cielos, pero cuando fue a seguir protestando, al abrir la boca, tuvo que seguir escuchando:

—¡Y ahora, cada uno a su habitación he dicho! ¿O prefieren que les lleve yo a empujones?

Los vio desfilar hacia sus respectivos aposentos, y al observar que la muchacha caminaba junto a su abuelo para entrar con él en la misma habitación, Peter Vilar repitió con energía:

—¡He dicho cada cual a su habitación, señorita Hathaway! ¿No me ha oído?

—Es que, mi abuelo...

—Está perfectamente bien. Por fortuna, no le ha pasado nada. ¡Obedezcan!

Luego salió de la casa, apostó a los centinelas y se puso ante los mandos del vehículo para partir velozmente hacia los lejanos edificios desde donde creía pudo venir el ataque.

* * *

El general Adolf Tiffin pegó un puñetazo sobre la mesa y exclamó, visiblemente molesto y malhumorado:

—¡Condenado viejo! ¡No debió salir de la casa!

—Es como un niño, mi general —quiso atenuar su enfado Peter Vilar —. Demasiado inquieto para permanecer dentro de la casa.

—Pues a su edad...

—Hay hombres que nunca son viejos, mi general. Y Jacques Hathaway tiene un espíritu juvenil y rebelde.

—¡Lo sé! Es un hombre subversivo. ¡Siempre lo fue!

—¿Le conoce de tiempo, señor?

—Sí, hace años, cuando yo sólo era teniente, él ya estaba por aquí. A veces se ponía a explicarles cosas de las estrellas a los ingenuos soldados que guardaban el Observatorio. ¡Les llenaba la cabeza de cosas extrañas!

—He oído decir que es un genio.

Con gesto vago, el general Adolf Tiffin admitió:

—No lo discutiré. Pero sí le diré que los genios me revientan. ¡Nunca puede uno entenderse con ellos!

Luego hizo una breve transición antes de indagar:

—¿Qué le ha dicho el teniente Draga?

—¡Ni rastro de los culpables! Registró el edificio desde donde calculé que dispararon. Estaba el mismo personal de siempre. ¡Ni un sospechoso!

—Tendremos que investigar a toda la plantilla que trabaja por aquí. ¿Tiene usted alguna idea de quién puede estar interesado en la muerte de ese sabio medio loco, teniente?

Peter Vilar reflexionó antes de contestar:

—Como están las cosas, creo que mucha gente, señor.

—Concrete, amigo Peter.

—Bueno, señor... Todos los que están en contra de las audaces teorías de ese hombre. No soy ningún experto en astronomía, pero, por lo que he oído, lo que él asegura que ha observado viene a revolucionar todo el sistema.

Hizo una pausa antes de añadir, ante el silencio del general Tiffin:

—Aunque no creo que en este caso sea la envidia.

—¿Entonces, teniente...?

—Verá, señor: el otro día, mientras charlábamos a la hora de la cena, Jacques Hathaway y su principal ayudante, Paul Román, se pusieron a hablar de lo que les obsesiona. Todos escuchábamos atentamente y el abuelo de Alida... Perdón, señor, quiero decir que el profesor se manifestó más o menos

así, asegurando a su ayudante:

«Desengáñate, Paul. ¡No nos dejarán seguir! Hay en el mundo muchos imbéciles y, por desgracia para la Humanidad, aún sigue gobernada por viejos. Hombres caducos que suelen ser obstinadamente conservadores...»

Peter Vilar pareció esforzarse en recordar:

—Y terminó con una frase que me impresionó, al decir... ¡Los inmovilistas son el peso muerto que siempre han tenido que soportar las civilizaciones!

—¿Eso dijo?

—Así fue, señor, palabra más o menos.

—Está resentido, porque en los últimos años le han destinado siempre fuera de la Tierra.

—Creo que, aparte de su rebeldía y de las palabrotas que de vez en cuando suelta, ese hombre es muy inteligente, señor.

—No lo dudo, pero la excesiva inteligencia, en muchos casos a veces bordea la locura, teniente.

Dio la entrevista por terminada, cursó órdenes para redoblar la vigilancia en torno a todo el amplio perímetro del Observatorio Astrofísico, y por último recomendó al hombre que tenía ante sí:

—Y usted esmérese, Peter. ¡Nos va mucho en juego! Si le ocurre algo a ese viejo cascarrabias, después de haber convocado la conferencia mundial aquí... ¡A los dos nos trasladarían a vigilar los aburridos canales de Marte!

—No tema, señor... ¿Cuándo tendrá lugar esa reunión de sabios?

—Pronto. Los primeros ya están llegando. Vienen de todas partes y serán más de diez mil. ¡No sé dónde los vamos a meter!

Peter Vilar ya se retiraba, cuando recordó:

—Perdone, mi general, desearía indicarle que sería conveniente que en la casa sólo quedarán el profesor y su nieta. ¡Hay demasiada gente allí!

Extrañamente a su rigidez y severidad de costumbre, el general Adolf Tiffin sonrió casi mirándole confidencialmente.

—¿Qué le pasa, Peter? ¿Le ha gustado la muchacha?

—¿Cómo dice, señor?

—Bien, bien, teniente... Comprendo que desee eliminar la competencia. Si trasladamos a sus ayudantes, al capitán Blay Farrell y los hombres de su tripulación, usted solo con ella y el anciano...

—Perdone, mi general —le interrumpió casi bruscamente el policía—. No

es ésa mi intención. Solamente estaba pensando en la mayor seguridad para el profesor Hathaway. Pero si prefiere que todos sigan allí...

—De acuerdo, Peter, ordenaré que sean trasladados a otro sitio. Pero Paul Román se quedará con la muchacha y el profesor. Es su principal ayudante y sabe tanto casi como él de todo este complicado asunto. ¡No podemos correr riesgos de filtraciones!

—Como ordene, señor.

Peter Vilar salió del despacho y volvió a subir a su vehículo para regresar' a su puesto.

Por el camino fue fijándose en las lejanas estrellas y le costó trabajo imaginarse, ante el bello y armonioso cielo tachonado de luminarias eternas, que allí, en los confines del Universo, las alarmantes explosiones nucleares de aquellos cuerpos celestes pudieran inquietar al hombre.

¿Sería que también entre las estrellas existía la pugna?

Capítulo VII

El amplio hemiciclo estaba a rebosar y no podía encontrarse un solo asiento vacío. Los altavoces estaban bien sincronizados con los mecanismos de traducción simultánea a todos los idiomas oficiales de la Tierra.

La conferencia debía empezar exactamente a las 10,30 de la mañana pero, como siempre, el profesor Jacques Hathaway aún no estaba dispuesto a ocupar la presidencia cuando habían dado las once.

Más de diez mil hombres, procedentes de los rincones más apartados del Planeta, se impacientaban en sus cómodos asientos y empezaban a murmurar. Verdaderos sabios y especialistas en todas las ramas del saber humano se habían reunido allí para escuchar las palabras del nuevo profeta de la Astronomía del siglo XXV, que resumía sus teorías revolucionarias con la frase que había elegido como bandera:

«Hacer la guerra el Sol.»

Cuando por fin, con su paso decidido y elástico pese a sus setenta años, Jacques Hathaway apareció por el pasillo del hemiciclo para dirigirse hacia la mesa de la presidencia, en algunos sectores de la sala sonaron débiles aplausos que poco a poco fueron aumentando.

El anciano astrofísico parecía ajeno a aquel homenaje y todo lo más que pudo oírle musitar Peter Vilar, que caminaba a dos pasos de él, siempre protegiéndole y vigilándole, fue uno de sus desabridos comentarios:

—¡Borregos! Debíais silbarme en vez de aplaudir. ¿O no os he hecho esperar?

Su esperada conferencia también la inició de forma inesperada, pero muy propia de él al decir, una vez quedó frente a la nube de micrófonos:

—La frase es antigua, tiene ya muchos siglos de existencia,- pero no por eso es menos válida. ¡Y yo os digo que estamos ante el viejo dilema de Shakespeare! ¡Ser o no ser, ésa es la cuestión!

Tras sus primeras palabras el silencio se acentuó, y el orador, olvidando sus notas sobre la mesa y encarándose con los diez mil representantes de todas las naciones de la Tierra, volvió a alzar su voz para decir, ayudándose con el gesto en un intento de abarcar el amplio hemiciclo:

—Os veo aquí a todos reunidos y me enorgullezco de ser hombre. La Edad de las Naciones ha pasado; ahora, si no queremos perecer, se trata de renunciar a viejos prejuicios y llevar por buen camino a nuestra madre Tierra...

Nueva pausa para al instante anunciar, como si fuera su grito de guerra:

—¡Y para hacerlo tendremos que declararle al guerra al Sol!

Esta vez los murmullos se alzaron y hasta, desde algún extremo del hemiciclo, llegaron gritos ahogados de protesta por tan revolucionario enunciado. Pero al instante se apagaron al oírse nuevamente la voz de aquel hombre, que parecía iluminado al añadir:

—¡Me explicaré!

El silencio volvió a reinar y la voz pausada y docta del profesor Jacques Hathaway fue reclamando la atención de todos, al ponerse a explicarles la evolución que habían tenido sus descubrimientos en el campo de la Astrofísica. Con breves palabras, pero sin omitir detalles que podían ser importantes, habló de veinte años atrás cuando, por vez primera, al enfocar el cielo con su radiotelescopio, creyó distinguir perturbaciones de orden cósmico en la galaxia y en las otras galaxias de la Vía Láctea.

Confesó, con la ingenuidad de un niño, que en los primeros años siempre había mantenido silencio sobre tales fenómenos, porque él mismo se negaba a admitir lo que más tarde, con el correr del tiempo, le demostraría. Al llegar aquí y como excusa, con cierto tono irónico, el profesor Hathaway comentó:

—Yo sé que el miedo es el más ignorante, el más injusto y el más cruel de todos los consejeros. Yo entonces era mucho más joven y tenía más apego a los viejos prejuicios que nos va imponiendo la vida. La opinión ajena tenía una gran importancia para mí y tenía «miedo» a que me tomasen por loco...

Y rió de buena gana al confesar con cierta crudeza:

—¡Ahora ya no os tengo miedo, amigos míos! Ahora ya no me importa que me tomen por loco. Ahora el único miedo que tengo es a Dios y a mi propia conciencia. ¡Y ambos me empujan para cantaros a voz en grito la verdad!

Dejo flotando sus palabras para remachar con énfasis juvenil:

—¡Aunque os asuste y os aterre!

La «verdad» para Jacques Hathaway era que en nuestra galaxia las estrellas estaban en «guerra». Él había comprobado con sus investigaciones, sus meticulosas observaciones y sus cálculos, que el colapso de las estrellas era una realidad demostrable por aquellas explosiones nucleares, de magnitudes tan formidables como la desintegración de masas tan enormes que equivalían diez veces al Sol.

Las intensas ondas gravitatorias que provenían del centro de la galaxia, habían podido ser captadas por sus aparatos ultrasensibles debido a esas magnitudes. El más ignorante de los astrónomos y el más lento de los matemáticos podía calcular, con ayuda de los especialistas en acústica, la

cantidad de «ruido cósmico» que las explosiones de las estrellas debían producir en los confines del Universo, para que desde alguna parte del Sistema Solar pudieran ser captadas aquellas ondas que debían recorrer más de 100.000 años-luz.

—¡Eso es demostrable! —afirmó—. Basta que sepáis ver y oír, como decía el Señor... ¡Aplicaos y demostrad que sois hombres elegidos, privilegiados de cerebro capaces de hacer honor a la Ciencia que decís que representáis!

Sus palabras sonaron como una flagelación en muchos oídos y nuevamente los murmullos se alzaron. Pero el conferenciante continuó, tras aquella especie de desahogo, con la exposición de sus «hechos», demostrando a su vez la privilegiada mente que poseía con el lucimiento de su memoria portentosa.

Así fue ascendiendo en sus explicaciones, hasta llegar al punto culminante al asegurar que, para él, sin duda alguna, el Sol arrastraba a todos los planetas hacia la extinción del Sistema. La fuerza centrífuga de la galaxia le arrastraba irremisiblemente hacia el centro donde otras estrellas, otros soles con su familia de planetas (posibles mundos habitados), entraban en gigantesca colisión para desintegrarse y convertirse tras aquellas gigantescas explosiones atómicas, en el polvo cósmico que podía observarse en los extremos de todas las galaxias de la Vía Láctea.

—Sólo considerando esta posibilidad, este evidente peligro, hay que poner los pelos de punta —afirmó, abandonando de vez en cuando sus disertaciones puramente científicas para expresarse con más llaneza. .

Y ansiando desmenuzar al máximo sus explicaciones, como un padre que ayuda a que sus hijos le comprendan o un maestro que se inclina sobre el pupitre del discípulo para facilitarle la compresión de la lección, recordó:

—Todos sabemos que mientras la Tierra gira en torno al Sol, éste se desplaza en el cielo hacia la constelación de Hércules. Nuestra Tierra describe así una trayectoria en forma de espiral. Haciéndolo, corta de diversas maneras la línea de un campo de fuerzas creado por la Vía Láctea. En este recorrido helicoidal, el planeta se halla ahora paralelo, ora perpendicular a esas líneas de fuerzas del campo galáctico. En la perpendicular, el efecto es máximo, siendo nulo en la paralela, pero hay evidentemente gran número de posiciones intermedias.

Una voz se alzó para decir, al llegar a este punto:

—Afirmaciones de esta envergadura no tienen sentido más que si hay pruebas evidentes, profesor Hathaway.

Con viveza el conferenciante se volvió hacia donde había partido la voz, y al parecer la reconoció pues replicó presuroso.

—¿Y qué diablos cree que he estado haciendo en estos últimos veinte años, profesor Smarlikovf? ¿Chupándome el dedo?

Hubo división de opiniones y mientras un sector le reprochó aquella salida de tono usual en Jacques Hathaway, otros rieron con ganas y aplaudieron.

Pero pronto se impuso el silencio y otra vez apremió al conferenciante:

—Bien, Jacques, olvida tu genio y dinos cómo podríamos evitar la catástrofe, en el caso de ver probadas tus teorías.

Jacques Hathaway también dio muestras de identificar la nueva voz.

—Tú fuiste de los pocos que leíste mi libro, Pierre. ¿Lo recuerdas? Pero permíteme rectificar parte de todo lo que dije entonces... por estar todavía un poco «verde». Ahora han pasado los años y estoy totalmente seguro de lo que expongo aquí, ante todos vosotros, que tendréis la suficiente fuerza para que los gobernantes de los distintos países de la Tierra acepten o rechacen mi solución.

Al poco volvía a adentrarse en explicaciones científicas sólo comprensibles para los iniciados, llegando a un pasaje más sencillo al indicar:

—...La Tierra gira en torno al Sol a una velocidad media de 30 kilómetros por segundo. Al mismo tiempo, como hemos dicho, el Sol se desplaza hacia la constelación de Hércules a una velocidad de 19 a 20 kilómetros por segundo. La combinación de estos dos movimientos determina una trayectoria de nuestro planeta que puede ser calculada. Y este cálculo muestra el siguiente cuadro.

A una señal suya una gigantesca pantalla se iluminó en la pared, mostrando lo siguiente:

1. Durante el mes de marzo —el mes de marzo solamente—el movimiento de la Tierra está en el pleno de su ecuador.

2. Durante el mes de septiembre, la Tierra se desplaza casi paralelamente a su propio eje Norte Sur.

3. La velocidad total del desplazamiento varía durante el año y pasa del máximo en marzo (45 kilómetros por segundo) a un mínimo en septiembre, (24).

4. La Tierra se desplaza siempre con el hemisferio Norte por delante salvo una pequeña parte del mes de marzo.

La pantalla siguió iluminada para que los más lentos pudieran ver aquel esquema trazado por el orador, que volvió a decir:

—Si existen en nuestra Vía Láctea campos de fuerza que la Tierra corta al desplazarse (como así es), deben producirse efectos variables de esas fuerzas

con el tiempo. Eso es lo que la experiencia de mis observaciones confirma...

Hizo una nueva pausa antes de decir, con los tonos que empleaba cuando su voz se hacía retadora:

—Todo lo más, queda por precisar todavía la naturaleza de esos campos de fuerzas galácticas... ¡Que nosotros aprovecharemos para liberarnos de la fuerza del Sol!

Una voz, que muchos volvieron a identificar como la del profesor Smarlikovf, se alzó para decir:

—¿Cómo, profesor Hathaway? ¿Declarándole la guerra al Sol, como usted dice? ¿Bombardeándole hasta desintegrarle?

Cambiando nuevamente de tono y empleando su proverbial desparpajo, con gesto desabrido, el interpelado replicó:

—Quien pregunta lo que sabe siempre merece una mala contestación, mi estimado colega. Creo que en la Academia de Ciencias de Moscú le habrán enseñado lo suficiente por lo que respecta a magnitudes, para saber que ni con todo el arsenal atómico de que ustedes y nosotros podamos poseer, podríamos hacerle «daño» al Sol.

—¿Entonces?

—Me esforzaré, ya que usted no se rinde en sus impertinencias. Haga el favor de fijarse mejor en esa pantalla y volver a leer lo que está escrito. Recuerde también lo que dije antes: en el recorrido helicoidal de la Tierra arrastrada por la tuerza del Sol, pero también atraído por la fuerza creada por la Vía Láctea, en esa espiral nuestro planeta se halla, ora paralelo, ora perpendicular a esas líneas de fuerza del campo galáctico. ¡Y repito que en la fase perpendicular el efecto es máximo... siendo nulo en la paralela!

Calló, respiró profunda y retadoramente y se volvió hacia el profesor Smarlikovf.

—¿Ha conseguido entender del todo ahora? —le preguntó.

Nadie supo si el interpelado había comprendido, porque guardó silencio. Aquello pareció animar a Jacques Hathaway que prosiguió diciendo:

—Es en esa fase, precisamente en esa fase, cuando si lo queremos, entiéndanlo bien, si lo deseamos y tomarnos tal decisión... ¡Podemos liberarnos del Sol suicida que nos arrastra hacia la catástrofe! ¡Hacia la destrucción de todo el Sistema!

Creyó captar con su fino oído algunos murmullos y, temeroso de nuevas interrupciones burlonas, atajó:

—Por supuesto que sí necesitaremos una fuerza poderosísima. ¡Una fuerza tremenda, amigos míos! Pero esa, afortunadamente para esta ocasión,

la poseemos y podremos aplicarla, en vez de para nuestro aniquilamiento tal como ha sido creada, para empujarnos a nuestra posible salvación.

Habían callado los murmullos y los comentarios, y el profesor continuó:

—Obvio es decir que me estoy refiriendo a la fuerza atómica, caballeros. Todas las fuerzas atómicas que seamos capaces de crear, para, proyectadas a la vez contra las capas de resistencia de nuestra atmósfera, que nos desvíe de la órbita normal que este sufrido planeta ha venido siguiendo desde su creación... ¡Y eso en el instante oportuno, tal como ya les he indicado!

—¿Para ir hacia dónde, profesor Hathaway? —quiso saber alguien.

Aquello pareció excitarse, demostrándolo al replicar con viveza, alzando sus delgados y huesudos brazos:

—¡Hacia donde sea, amigos míos! ¡Hacia el mismo Infierno, si es preciso! Al menos, allí podríamos encontrar la infinita clemencia del Creador...

Se calmó un poco tras su estallido.

—Hacia donde sea porque, si no lo hacemos así... yo les aseguro que en los estallidos del centro de la galaxia, sólo encontraremos muerte y destrucción. Una muerte y una destrucción apocalíptica, que sólo tendrá un alivio. ¡La brevedad de nuestro fin! La prontitud con que desaparecería todo nuestro Sistema, tragado en el infernal torbellino de la vorágine del colapso de las estrellas.

En la pausa que siguió todos sintieron que el aire se podía cortar. Pesaba físicamente sobre tos hombres, haciendo sentir su presión sobre el pecho de todos los presentes.

Cual nuevo Evangelista, el delgado y huesudo profesor Jacques Hathaway había conseguido hacer ver a todos los presentes las apocalípticas escenas del fin del mundo, relatadas en los Libros del Nuevo Testamento.

En verdad que el sabio astrofísico estaba demostrando también que poseía dotes de orador. Pero como todo «enviado» que se enfrenta a los hombres para indicarles el camino de la Verdad, la senda a seguir era áspera y dura, pero con lejanos horizontes de esperanza. El conferenciante se dignó decir:

—Representaos al diablo en la Naturaleza ciega y a Dios en lo más sublime que le ha dado al hombre: su cerebro. Aquí, en la cabeza, bajo los huesos de nuestro cráneo, existe la materia pensante que nos eleva por encima de todas las especies. Él nos ha permitido utilizar este privilegio para salir de la barbarie: aún con nuestras dudas, con nuestras equivocaciones y con nuestras luchas, la inteligencia nos ha permitido salvar todos los obstáculos en el camino ascensional de la civilización. Y yo os digo que si seguimos utilizando este apreciado don con acierto... ¡También saldremos de esta!

«Pero si, perezosos o cobardes, pusilánimes o egoístas, conservadores deseando conservarlo que ahora vemos que tenemos, nos dejamos arrastrar por el Diablo, por esas fuerzas ciegas de la Naturaleza que os digo... ¡Él castigará nuestra indecisión y nuestra poquedad llevándonos al infierno de ese gigantesco horno nuclear donde están colisionando las estrellas!

Arrastrados por el fuego de sus palabras, alguien quiso saber:

—¿Y cuándo puede ocurrir eso, profesor Hathaway?

—¡Pronto, amigos míos! ¡Muy pronto! El Sol no se detiene y nos arrastra en su loca carrera.

¡Vamos a veinte kilómetros por segundo hacia nuestro fin! Cada minuto que pasa nos lleva 1.200 kilómetros más cerca de él, cada hora 72.000, cada día 1.720.000 kilómetros más próximos a nuestra destrucción. ¡Cada semana a 12.096.000 kilómetros hacia el Apocalipsis!

Nuevamente un aire de fatiga parecía soplar sobre todos los rostros allí reunidos. No eran hombres fáciles de amedrantar, eran científicos, seres cargados de ciencia y con mentes claras en sus cerebros superdotados.

Pero, precisamente por eso, comprendían más profundamente todo lo que allí se había expuesto.

Muchos de aquellos hombres habían percibido también el colapso de las remotas estrellas desde sus observatorios. Sabían que todo aquello desmentía las leyes físicas que se tenían hasta sus días sobre el Universo, y también habían callado, temerosos de un error o la mofa general.

Pero allí había salido un espíritu valiente, que con audacia, jugándose su propio prestigio, huyendo del ostracismo al que mentes torpes y mezquinas le habían enviado durante años, había regresado a la Tierra en una astronave capturada por la fuerza, dejando detrás de él, en órbita estable, el Observatorio Astrofísico de la Base Espacial «Venus I».

Una maravilla mecánica creada por el hombre, destruida por las perturbaciones solares que anunciaba precisamente Jacques Hathaway, como correlación directa de las que estaban operando con fuerzas ciegas en el centro de la galaxia.

¿Se querían más pruebas...?

Capítulo VIII

Tras la conferencia, como un niño que desea la aprobación de sus más íntimos, el anciano profesor Hathaway se acercó a su joven nieta y le preguntó:

—¿Qué tal lo he dicho todo, Alida?

—¡Estupendamente, abuelo!

—¿He estado elocuente?

—¡Elocuentísimo, profesor! Por un instante, mi camisa se ha pegado al cuerpo.

Abuelo y nieta se volvieron hacia el hombre que había hablado tras ellos. El astrofísico arrugó el ceño al reconocerle, murmurando con desgana:

—¡Ah, es usted! Parece mi sombra.

Conciliador, entusiasmado por todo lo que le había oído exponer a aquel hombre, Peter Vilar dijo con sinceridad:

—¡Qué más quisiera yo que parecerme, aunque sólo fuera a su sombra, profesor!

Lo dice porque no deja nunca de vigilarlo,

Peter.

El tono de la voz de la muchacha se le antojó más amistoso que el de otras veces y eso le consoló. Por eso dijo también, ansiando ser comprendido:

—No le vigilo, Alida, digamos que su insigne abuelo está a mi cargo.

—¡No necesito niñeras! —volvió a refunfuñar el anciano. —¡Ya soy bastante mayorcito!

—¡Y bastante importante, profesor!

—¿Quién puede desear mi mal?

—¿Es que no recuerda ya el atentado del otro día, señor?

—¡Bah! ¡Pamplinas! A otro más ingenuo con ese engaño.

—No fue engaño. Aquel árbol casi se desintegró. ¡Usted lo vio!

—Voy a decirle lo que creo, joven policía. ¡Todo fue idea de ustedes!

Peter Vilar le miró extrañado, buscando también la contestación en las hermosas pupilas verdes de la muchacha. Creyó percibir que ella también estaba de acuerdo en aquello con su abuelo y sólo acertó a repetir:

—¿Idea nuestra? ¿A qué se refiere?

—Lo hicieron para asustarme, para que no salga de esa condenada casa donde me tienen preso.

—¡Vamos, profesor! No sea niño.

—¡El niño es usted, qué narices! Y si no, dígame por qué demonios alguien puede desear atomizarme, lanzándome un disparo de rayo «láser».

—Por muchos motivos, señor.

Peter Vilar se volvió para señalar al edificio donde había tenido lugar la conferencia, añadiendo:

—Si me apura, le diré que la mitad de los hombres que le han estado escuchando ahí no están de acuerdo con usted. De la otra mitad, sólo un cincuenta por ciento le comprende, y de los que restan, aunque sí le entiendan, el temor a que sean aceptadas sus teorías y propuestas y la Tierra se vea fuera de su órbita normal, les haría negar la evidencia de sus demostraciones para que, durante el tiempo que fuera, ¿lo ha oído usted bien, profesor?, el tiempo que fuera, todo siguiera igual.

Guardó silencio el sabio. Pero a poco sus labios exclamaron:

—¡Miedo!

—Eso es, profesor Hathaway. ¡Miedo!

—¡Estúpidos!

—Lo sean o no, ese pánico es capaz de mover manos asesinas. Muerto usted, si en este viaje desenfrenado hacia el infierno la Tierra dura veinte, treinta o cuarenta años, todo seguirá igual y, para más de la mitad de su población, será el ciclo normal de una vida humana. Y la pregunta que sus mentes se harán será esta: «¿Para qué arriesgarse?»

—El mundo es de Dios, pero Dios sólo lo alquila a los valientes.

—Ésa es una opinión de usted, que yo comparto, profesor. Pero ¿cuántos la aceptan?

—Hay más riesgo en no hacer nada, en no probar lo que propongo, que en aceptarlo, mi joven amigo.

—Volvemos a estar de acuerdo, profesor.

Jacques Hathaway dejó de mirarle severamente, para girar hacia su joven nieta y exclamar, con la alegría de un niño satisfecho:

—¿Le oyes, Ali? ¡Tenemos en nuestro carcelero un prosélito más!

—Sí, abuelo.

—Le repito que no soy carcelero, sino su protector. Y ahora... ¿Quieren

prepararse para subir? El vehículo con la escolta está llegando.

Una doble fila de hombres con metralletas provistas de rayos «láser» abrió un pasillo para que los tres pudieran llegar al segundo vehículo. El primero también iba cargado de soldados, lo mismo que el que cerraba la marcha.

Al salir al exterior del edificio, mientras caminaba junto al delgado anciano, Peter Vilar tuvo, por un instante, la vaga sensación de que llevaba sobre sus hombros el peso del mundo.

¡Si le pasara algo al profesor Jacques Hathaway...!

De pronto, se encontró pensando con asombro que también podía pasarle algo a su linda nieta y aquello aún le alarmó más. Instintivamente cambió y se puso a caminar junto a la mujer, para cubrir con su cuerpo robusto y sano el de la joven.

¿Es que se estaba enamorando de la rubia y temperamental Alida Hathaway?

¡A ver si a él también tendrían que vigilarle...!

* * *

Prácticamente, resultó imposible mantener el secreto de lo que se había tratado en la conferencia presidida por el anciano profesor Jacques Hathaway.

Una reunión que, filtrada la noticia hasta la prensa, los periodistas empezaron a llamar la «Conferencia del Miedo». Las autoridades del Gobierno Central de la Confederación de los Estados Occidentales no pudieron controlar a los diez mil asistentes a la importante reunión. Repartidos por la ciudad, en los centros oficiales, en los hoteles, en casas particulares y muchos de ellos ya de regreso a sus respectivos países, fueron fácil presa para los avispados reporteros siempre a la caza de noticias sensacionalistas.

En el fondo, ¿cómo podía pasar desapercibida la presencia de tantos «cerebros» en los alrededores del Observatorio Astrofísico de Wosmoreland? Los sabios, a veces, también se sienten «vedettes» o estrellas de cine, a los que les gusta posar ante las cámaras curiosas que, agradecidas, les buscan el mejor ángulo" Luego a la fotografía hay que ponerle un pie: del breve texto biográfico surge la idea de la entrevista: de ésta el artículo o la crónica...

Los especialistas en estas cuestiones saben tirar de los hilos y al poco brotan otras lógicas preguntas: ¿Qué hace Fulano de Tal en tal sitio? ¿Por qué la «extraña» coincidencia de estar también Mengano y Zutano?

La bola crece. ¡Cuestión de leyes de inercia!

En menos de veinticuatro horas, la tranquila ciudad de Wosmoreland quedó convertida en Cuartel General de los corresponsales de prensa, radio y televisión más activos y famosos del mundo. Exceptuando los que se encontraban en aquellos momentos en los planetas o en las múltiples Bases Espaciales cumpliendo sus funciones informativas, todos viajaron raudos como el viento hacia el punto clave de la Tierra donde, sin duda alguna, se estaba «cociendo» algo muy grande.

Ya se ha dicho: la bola que crece y ya no se puede parar.

La Biblia también lo dice: «Nunca se harta el ojo de mirar ni el oído de oír».

Sólo que en tales circunstancias era preciso poner coto a los ojos y a las orejas curiosas, so pena de crear otro peligro más eminente que las explosiones nucleares en el mismo centro de la remota Galaxia.

No obstante, todo lo más que se consiguió fue que los medios informativos sometidos a control, dijeran que, si Jacques Hathaway había hablado de su «Guerra al Sol» y de los peligros que se avecinaban para el Sistema Solar, todo aquello quedaba todavía muy lejos. Jugando con las cifras astronómicas, en las que por regla general la gente normal se pierde o siente mareo, se adujo que el año cósmico era de 200 millones de años terrestres, tiempo en que tardaba el astro rey en dar una vueltecita de las programadas por las leyes universales.

Ante esto, el pánico se podía ir frenando un poco. ¿O no?

—¡No!

La imaginación suelta es la «loca de la casa».

Prueba de ello es lo que escribió un erudito periodista que, citando a Chesterton que había vivido varios siglos atrás, encabezó su crónica copiando íntegramente el pasaje que consideró servía para sus fines.

Y empezó así:

> *«Un hombre llamado Smith sale a dar una vuelta y se detiene ante una librería, en cuyo escaparate ve un libro titulado «El gran Problema está resuelto». Si Smith comprueba que se trata de un problema policíaco, se entusiasma. Si ve que se trata de un problema de ajedrez, se apasiona. Si se da cuenta que allí figura la solución al crucigrama publicado en un diario de días anteriores, se extasía. Pero si Smith ve que aquel libro resuelve el problema de Smith, que le explica las piedras que se encuentran bajo sus pies y las estrellas que se hallan sobre su cabeza, que le demuestra por qué le gustan las novelas policíacas o el ajedrez, si Smith comprueba que aquel libro le*

explica a Smith, entonces nos da a entender que no lo comprará, por considerarlo aburrido. Pues bien, yo acaso estoy atacado por algún prejuicio democrático, pero digo, ¡no!. Yo creo que si Smith prefiere los crucigramas a los problemas filosóficos, es porque aquéllos son mejores; si prefiere la novela policíaca a las modernas metafísicas, es porque hay excelentes novelas policíacas y no hay buena metafísica. En una palabra, comprará «El Gran Problema está resuelto» si se refiere a un crimen de Berkley Square, porque está seguro de que el problema se resolverá de verdad. Pero lo dejará si se trata de los misterios de la existencia porque temerá una estafa. Y tendrá razón. Pero si por un instante, pudiese convencerse de que aquel libro resuelve realmente tales misterios, creo que de buena gana recorrería cien kilómetros a pie para conseguirlo».

Y el erudito periodista seguía ya suelto, sin las muletas del gran escritor inglés Chesterton:

«Y ahora que cualquier Smith puede comprar ese libro interesante que le informe de lo que le puede ocurrir a la Tierra y a todo nuestro querido Sistema Solar, viene doña censura y pone mordazas o sólo nos permite hablar de los problemas que le interesen a los Smith, utilizando confusiones y empleando sordina. ¿Qué les parece a ustedes, después de tanto despanzurrarse nuestros bisabuelos por establecer en el mundo la democracia?»

Fue preciso que el redactor jefe del avispado periodista le enviase al polo Sur, para que filmara las «interesantes» escenas de la caza de los pingüinos, utilizando la sal y la pimienta de sus crónicas en relatar a los mortales el tremendo frío que hacía por tales latitudes.

Aunque él, por su parte... ¡estuviera echando chispas!

Accidentes jocosos aparte, los Smith de todo el mundo empezaron a mostrar interés por los enigmas del Universo, que había puesto al descubierto un tal profesor Jacques Hathaway.

Y la voz popular, cuando quiere, sabe cómo hacerse oír.

Fue preciso que la mayoría de los gobiernos locales dieran una explicación «oficial», con notas explicatorias de lo que ocurría o podía ocurrir. No resultó muy convincente, pero resultó.

Aunque, eso sí, los dirigentes de los altos complejos industriales se interesaron por mil conductos en saber cuál debía ser su actitud. Una producción en masa de artículos de consumo precisa de una previa programación: no se pueden lanzar diez millones de nuevos vehículos al mercado, con una proyección de años, sin conocer antes el terreno de estabilidad económica que va a existir. Invertir miles de millones de dólares, de rublos o de yens, implica un estudio meticuloso con un mínimo índice de

errores.

¡La economía es la economía!

Al tropezar con estos «señores», los gobiernos tuvieron que ampliar su información y a su vez, apremiados, presionaron sobre el gobierno central del bloque que les regía. De aquí a nuevas consultas, nuevas reuniones y nuevos conciliábulos de los representantes de los bloques de Oriente y Occidente, medió, un paso.

Hacia Wosmoreland volvieron a viajar nuevos delegados, llevando en sus carteras un montón de preguntas sin contestar. De entre estas preguntas se repetía una como común denominador, que parecía interesar a todos:

¿Qué decía el nuevo Galileo de la Astronomía?

Pero Jacques Hathaway no podía responder nada.

Prácticamente, también estaba como amordazado.

Capítulo IX

No obstante, Jacques Hathaway no estaba ocioso.

Si sus actividades como astrofísico estaban limitadas, en espera de que otros comprobaran las observaciones que él había venido realizando durante tantos años, su cerebro no dejaba de trabajar proyectándose hacia el futuro que, en la nueva dimensión del espacio, le correspondería ocupar a la raza humana.

Por eso escribía en previsión de los fantásticos cambios que deberían producirse, de llevarse a término sus propuestas:

«El evolucionismo humano tal vez no se ha detenido en su dimensión biológica. La Ciencia y la Técnica de nuestros días van creando una nueva modalidad de evolucionismo, para el cual incluso se modifica el ambiente. Pero, de ahora en adelante, ya no se tratará de que el hombre se vaya adaptando a unos nuevos ambientes impuestos por esa Ciencia y esa Técnica, sino que le será preciso adaptarse al nuevo tipo de Naturaleza que nuestro cambio en el espacio proporcione. ..

«Si hasta el presente el hombre ha ido modificando su naturaleza en función de unas adaptaciones deseadas, programadas por él mismo, ahora se tratará de una readaptación al ambiente natural que le rodee. Es bien sabido que el hombre, juntamente con todas las especies que se reproducen sexualmente, experimenta ligeros cambios genéticos de generación en generación. Estos cambios son despreciables a corto plazo y no puede esperarse ninguna modificación perceptible en el hombre biológico desde ahora a mil años, por ejemplo. No obstante, cuando la Tierra cambie de posición en el espacio y vaya en busca de un nuevo sol que la atraiga con su fuerza gravitacional, esos cambios genéticos serán cortos y desde ahora debemos preguntarnos los responsables si queremos adoptar una actitud pasiva, un «laissez faire» respecto a los cambios que vamos a experimentar, o bien convertirnos en dueños de nuestros propios destinos.

«De adoptar esta inteligente alternativa, deberemos no sólo reconstituir gran parte de nuestro anticuado cuadro de conceptos, sino iniciar un amplio programa, ¡desde ahora mismo!, que investigue lo que ahora sólo son juicios de valor puramente subjetivos y en gran medida arbitrarios, respecto a las características humanas del porvenir.

«Ante los nuevos cambios ambientales que nos esperan si todo sale bien, se me ocurre pensar que, hace trescientos millones de años, nuestros antepasados anfibios acababan de abandonar el inmenso y duro océano. Sobre

la capa barboteante de la Tierra, privados ya del sostén de las aguas, debían hallar el medio hasta entonces desconocido para ellos. A nosotros, los hombres, nos espera Una prueba así. ¡La superaremos!

«Hemos surgido hace relativamente poco; durante un millón de años, como prehombres hemos vivido en el denso océano biológico. No hemos sido realmente hombres hasta cien mil años después. Un instante en el reloj maravilloso de la Creación.

«Pero ya, desde que tenemos consciencia de ser, ya no nos sostiene ni nos guía exclusivamente los instintos. Por eso, ahora lograremos supervivir en un medio distinto, por duro que sea. Yo soy de los que afirma que lograremos era supervivencia como raza humana, gracias a nuestro instrumento de visión: nuestra imaginación instruida y racional. Me consta que para muchos, ésto todavía es un instrumento débil y engañoso: pero los más cultos, los más capaces, debemos irles perfeccionando.

«Mientras esperamos todos estos cambios, en los que sin duda muchos morirán, podemos ver a simple vista, en el cercano paisaje evolutivo que se avecina, terribles problemas. Pero bastará con que todos saquemos la cabeza de la arena de la ignorancia para ver y otear. Si conseguimos eso, nos daremos cuenta de que estos tenebrosos problemas tienen dos caras y de que son, también, estimulantes retos para la raza humana que deberá vencer todas las dificultades...

«¿Qué monstruos nos acechan al despegarnos de la atracción solar? Quisiera penetrar en las anieblas del espacio para poder, con mi mente, hurgar en sus secretos y ayudar a los míos, para que se preparen convenientemente. Pero me temo que aquí también nos acechan monstruos que cada día se perfilan más y más. Vivimos en un mundo amenazado por la guerra científica, nuclear, química y biológica. Otra amenaza terrible también es la superpoblación. Y no desdeñemos la atracción de las ideologías totalitarias, sobre todo en los sectores desheredados del planeta Tierra.

«Todo eso quizá sea debido a nuestra preferencia de los medios sobre los fines: por la tecnología y la cantidad, antes que por la capacidad de creación y calidad.

«Yo, que siempre he solido interrogar a los vastos horizontes del Destino agradezco y veo, de algún modo, una Providencia en estos peligros siderales que ahora nos acechan. ¿No es posible que todo sea para que, ante un cambio radical de plano en el espacio, el hombre se encuentre a sí mismo?

«De cualquier forma, vayamos donde vayamos, nada podremos hacer sin una nueva estructuración de nuestros pensamientos, sin una nueva transición de muchas de nuestras creencias en el plano personal, sin una nueva modulación de nuestras ideas que abarquen mejor la grandiosidad del Universo.

«Indiscutiblemente, la nueva modalidad del pensamiento que deberá imperar en la Nueva Tierra deberá desarrollarse a la luz de una visión eminentemente evolutiva. Es decir, que la raza humana deberá pensar en términos de continuo cambio: mirar lo futuro más que lo pasado, apoyarnos en la creciente masa de los conocimientos, antes que en los errores pasados o en la inmutable autoridad caduca de lo antiguo.

«Estos puntos de vista evolutivos también deberán ser científicos, salvo la sagrada parcela de la religión en la que el hombre deberá seguir pensando en su Creador, más que con la mente con la bondad de su corazón. Pero ante todo, el punto de vista evolutivo deberá ser global, ya que el hombre es poderoso en la medida en que actúa en grupos que unen sus conocimientos: cuando son capaces de aunar su pensamiento y su fe.

«Si quiere cumplir su destino de dueño de la futura Nueva Tierra, el hombre debe llegar a formar un solo grupo, partiendo del mismo módulo de pensamiento. De lo contrario, volverá a suceder que sus energías mentales se disiparán en nuevos conflictos ideológicos, que volvería .a intentar resolver con otras guerras. Aún aquí en este viejo planeta que se nos hunde y corre veloz hacia su final, afortunadamente la Ciencia ya es global, los sabios de todas las naciones hablamos un lenguaje común y normalmente nos entendemos. Así contribuimos mucho mejor al progreso. En todos los campos, el hombre deberá tender a la superación de los raquíticos nacionalismos y el primer paso hacia ese objetivo es el de pensar globalmente.

«Pero el pensamiento deberá preocuparse también del individuo, para que la raza humana no quede convertida en una colmena sin personalidades individuales. No se deberá olvidar que el individuo humano, bien y lógicamente desarrollado, bien estructurado, es, en sentido científico, el más alto fenómeno que puede observarse. Y la variedad de individuos, ¡la más grande riqueza del mundo!

«Esto se debe a que el hombre siente la imperiosa necesidad de no ser una simple rueda sin sentido del engranaje de la sociedad, o cuando no la víctima impotente de unos formidables fuerzas impersonales que le esclavizan y le doblegan.

«La futura sociedad de la Nueva Tierra no deberá perder de vista que las naciones y las sociedades perduran en la memoria de la Humanidad, no por sus riquezas ni atractivos, sino por sus grandes construcciones, sus grandes logros en la ciencia y sus maravillosas obras de arte. A esto la nueva Sociedad deberá añadir otro logro no menos valioso. Liberar el pensamiento humano del miedo y la ignorancia.

«Hablando de esto, un campo en el cual la diversidad individual deberá ser particularmente estimulada, es el de la educación. Los seres que queden con vida podrán beneficiarse de la vasta suma del saber producida por la

explosión intelectual de nuestros últimos siglos: con esto podrá reconstruirse lo 'que podríamos llamar su andamiaje para reedificar todo lo que se haya perdido.

»Cuando la cultura libere al hombre, no sentirá el miedo servil a lo desconocido y afrontará las nuevas etapas con ganas de comprender y analizar. El futuro nos invita a enfrentarnos a esta nueva libertad con un valor templando en la inteligencia y una esperanza templada en el- saber. Todo esto nos mostrará nuestro destino y también nuestro deber. En una palabra: nos mostrará el espíritu predominando sobre la materia: la cantidad, sometida a la calidad. E impulsará a la raza Humana con fuerza a llenar cabalmente su sagrado papel evolutivo en la escala del Universo.

»La nueva Era que se avecina deberá...»

El anciano profesor Jacques Hathaway interrumpió su escritura al oír pasos. Antes de que Alida llegase ante él, ya había percibido su presencia, pero, no obstante, apresuradamente intentó ocultar las cuartillas que había ido llenando con su letra clara.

La traviesa muchacha llegó antes de conseguirlo e indagó vivamente:

—¿Qué escribes, abuelo?

—Nada... ¡Nada, hijita! Tonterías mías.

—¿No me lo dejas ver?

—¡No, Ali! Todavía no.

—¿Tienes secretos para mí, abuelo?

Y bromeando, para quitarle pesadumbre al anciano, exclamó:

—¡Ya sé, abuelo! ¡Es una carta de amor!

Logró hacer sonreír al sabio astrofísico.

—¡Qué chiquilla! ¿A mi edad?

—¡Oh! Todo el mundo lo dice, abuelo. ¡Tienes espíritu juvenil!

—Espíritu sí, mi pequeña. Pero las fuerzas ya me flaquean. El otro día, de no ser por nuestro «perro guardián», me habría caído al ir al baño.

Alida Hathaway guardó silencio, quedando por un instante pensativa antes de preguntar:

—¿Qué opinas de Peter Vilar, abuelo?

—Que es un buen mozo, hijita.

—Eso ya lo sé, hombre. ¿Es que no salta a la vista? Me refiero a su sentido moral de la vida, a su manera de ser y pensar, a... ¡A todo, abuelo!

Jacques Hathaway era lo suficientemente perspicaz para no comprender. Por eso también bromeó:

—¿Ésas tenemos, Ali?

No obtuvo contestación, pero el rubor que coloreó las mejillas de la muchacha fue más que significativo. Sin embargo, logró dominarse y, con su característica franqueza, confesó:

—Sí, abuelo. ¡Estoy enamorada de Peter! ¡Pero lo que se dice terriblemente enamorada!

—No me parece mal, hijita. ¡Haréis una excelente pareja!

—¿De veras lo crees así, abuelito?

—Lo creo, Ali, sobre todo en los formidables cambios que pueden ocurrir. Ten en cuenta que posiblemente sólo supervivirán los fuertes, los bien dotados, los que tengan capacidad de-resistencia, tanto física como moral.

—¡Oh! No me refería a eso. ¡Ya sabes que no me gusta hablar de todo eso que decís se avecina!

—Pues tienes que habituar tu pensamiento a hacerlo, Ali. El condicionamiento del cerebro a una idea presta defensas y predisposición para superar las pruebas.

—Mira, abuelo, a mí no me hables en términos científicos. Yo sólo te pido una opinión. ¿Puede o no ser Peter Vilar un excelente esposo?

El anciano pareció buscar las ideas tras la oreja derecha, donde siempre se rascaba cuando estaba perplejo, optando por decir:

—Bueno, hijita... ¡Eso tendrás que preguntárselo a él! ¡Tú qué sabes si Peter está enamorado de ti y te quiere!

—¡Bah! ¡Qué tontería, abuelo! Una mujer llega a la convicción de que es amada, más por lo que adivina en la mirada del hombre que por lo que le dice.

—¡Vaya! ¡No está mal eso, criatura! ¿Quién te ha enseñado tanto, Ali?

—Nadie, abuelo, pero así como tú tienes una fina intuición para las Ciencias y la astronomía, yo la tengo para esto.

—Pues te felicito sinceramente, hijita. Y si... ¡Estoy seguro de que Peter Vilar será un excelente compañero para ayudarte a superar todo lo que se avecina!

Al volver a recordarle aquello, la muchacha quedó algo seria, fijando nuevamente la vista en las cuartillas escritas. El anciano comprendió su interés y deseó calmarla.

—Espero que podrás leerlo algún día, Ali. ¡Es mi testamento!

La muchacha sonrió, siguiendo bromista:

—¿Me dejas mucho?

—Dejo lo mejor que tengo, Ali, pero no es sólo para ti, hijita. ¡Por eso espero que, generosamente, lo compartas con todos los que tengan la suerte de ver la Nueva Tierra!

Sólo entonces la muchacha comprendió y, guiada por su impulso, se inclinó para abrazar al anciano y depositar un beso tierno en la mejilla arrogada de aquel hombre.

Capítulo X

El joven astrofísico Paul Román recibió los primeros comunicados y empezó a seleccionarlos por países para más tarde leerlos. Venían de todas partes y también abundaban las cartas personales dirigidas al profesor Jacques Hathaway.

Peter Vilar estaba también en la habitación habilitada para despacho y gentilmente se ofreció:

—¿Quiere que le ayude, Román?

—No, gracias. ¡No hace falta, teniente!

Al policía le molestaba interiormente que siempre le diera el tratamiento de su grado y nunca le llamase por su nombre o apellido. Percibía en aquel hombre una sorda hostilidad que no alcanzaba a comprender.

A no ser que fuera por...

Pese a la negativa, se acercó a la mesa y recordó:

—Sabe que el único medio que tienen de comunicarse con el exterior soy yo, Paul. Prácticamente, debo estar al tanto de todas las cartas que reciben y de lo que contestan.

—Lo sé. ¡Es un mal inevitable, teniente!

—Diga más bien que es una precaución. ¿Olvida que en una semana se han recibido más de mil anónimos, llamándoles locos a usted y al profesor y amenazándoles con matarles?

—No, no lo olvido, teniente.

—Hay mucha gente a quienes ustedes han alterado el curso normal de sus plácidas vidas.- Sin ir más lejos, a muchas grandes Compañías de seguros.

No le contestó, pero Pete Vilar tenía ganas de charla. Sobre todo para llegar a saber certeramente el motivo de tan manifiesta animosidad contra él. Por eso añadió:

—¿Sabe que tras las últimas noticias de la prensa mucha gente ya no muestra interés en asegurarse por fuertes sumas sus vidas?

—Lo sé, teniente.

—Oiga, Paul... ¿Tiene que llamarme teniente cada vez que me habla?

Paul Román le miró con cierta fingida sorpresa. Y en su voz había un leve tono de burla al intentar aclarar:

—Usted va de paisano, pero... ¿Acaso no es ése su grado en la policía?

—¡Lo es! Pero usted también tiene el título de astrofísico y a mí no se me ocurre llamarle así.

Sorprendentemente replicó, volviendo a su tarea en la clasificación de las cartas y los comunicados:

—No me molestaría que lo hiciera. ¡Me gusta guardar las distancias!

Peter Vilar captó la indirecta y rezongó:

—Admito que hay cierta «distancia» de un teniente de la policía a un astrofísico como usted, Paul, pero a mí me ocurre lo contrario. ¡Me disgusta el ceremonial!

—Cada uno a lo suyo, teniente.

Más por fastidiarle que por interés, Peter Vilar se puso a abrir los sobres empezando a leer la copiosa correspondencia. A la segunda carta frunció el ceño y exclamó, sin mirar al hombre que seguía con su laborioso trabajo en el otro lado de la mesa:

—¡Lo que le dije! Aquí tiene usted una señora airada que les culpa de que su esposo no haya vuelto a casa: asegura que, desde que leyó ciertas noticias sobre el posible fin del mundo propagado por usted y el profesor Hathaway, su esposo se ha vuelto loco... ¡Y se fugó con su secretaria!

Por todo comentario, Paul Román casi no despegó los labios al decir entre serio y despreciativo:

—¡No le veo la gracia, teniente!

Ya molesto, Peter Vilar, rechazó:

—¡Pues la tiene! Sobre todo, nos muestra que hay gente y opiniones para todo. Ese marido bribón, so pretexto de que se puede terminar el mundo, opta por la «libertad» y decide alejarse de una esposa estúpida, para refugiarse en brazos de su secretaria y así intentar pasarse el miedo.

—Con franqueza, teniente. Creo que eso más bien es de lamentar. Claro que ocurre porque la noticia ha trascendido por no tomar ustedes las medidas oportunas.

—¿Qué medidas oportunas ni narices, Paul?

¿Cree que es tan fácil controlar lo que pueden decir por ahí diez mil científicos que se reunieron aquí?

Tampoco obtuvo respuesta, y el irritado policía aún añadió:

—¿Y qué me dice de los países que han empezado los preparativos? En China se están construyendo gigantescas galerías subterráneas, capaces de

albergar a centenares de millones de personas con todo lo necesario. Allí aceptan las teorías de ustedes por buenas tras sus propias comprobaciones; como material y brazos no les faltan, toda la nación se dispone a viajar por el espacio con las máximas seguridades.

Aquella vez sí que replicó el ceñudo Paul Román:

—Es lo que deberían hacer todos los países.

—Se hace en muchos.

—De todas formas, deberían pedir instrucciones al profesor Hathaway. Sólo él puede calcular el momento exacto del despegue de la Tierra para liberarse de la atracción solar. Esas galerías deberían ser construidas en correlación con su posición en la órbita, la inclinación de su eje, el punto en que esté con respecto a las fuerzas galácticas y otros muchos datos.

—Amplíeme eso, Paul. No olvide que soy un policía «ignorante».

El joven astrofísico le miró dubitativamente, entre halagado y receloso. En los ojos del alto y fornido Peter Vilar no alcanzaba a distinguir la ironía, y por eso le complació:

—Me refiero a la posición de la Tierra en el instante en que deberá ser liberada. No olvide los océanos, los ríos, los posibles movimientos sísmicos, los corrimientos de montañas, el deslizamiento de los casquetes polares y otras muchas cosas.

Sin poderlo evitar, ante las imágenes que parecían desfilar por su mente tras aquellas palabras del astrofísico, Peter Vilar musitó quedamente:

—Sí, claro... claro.

Los dos guardaron silencio, al parecer enfrascados en la correspondencia. En realidad, sus mentes no dejaban de figurarse el terrible caos que podía representar para los diez mil millones de habitantes, el que su planeta iniciase un nuevo vuelo por los espacios siderales, sin llevar un rumbo fijo y bruscamente arrancado de su órbita normal.

Pese a esforzarse, aquello era algo que escapaba a la más vivaz imaginación y Peter Vilar volvió a preguntar:

—¿Es inevitable, Paul?

—¿A qué se refiere, teniente?

—A todo esto. O si lo prefiere de otra forma. ¿Está usted tan convencido como el profesor Hathaway de que el Sol nos arrastra, con todo el sistema, hacia el centro de la galaxia en colisión?

—¡Seguro, teniente! ¡Sin la menor duda! No olvide que he estado muchos años junto a él, haciendo las mismas observaciones. Todas nuestras

investigaciones nos han llevado siempre al mismo punto. ¡La colisión de esas estrellas gigantes en la galaxia!

—¿Y no habría otra forma de...?

Le miró como cuando un niño pregunta por qué sale el Sol y al llegar la noche se retira, dando paso a la Luna. Pero logró dominar su acritud y se avino a decir:

—Ninguna otro forma teniente. La Naturaleza no juega a los dados por simple diversión. Son leyes fijas, inmutables. Si el punto de fricción nuclear en esas estrellas ha llegado, nada ni nadie lo puede evitar: consiguientemente, si el Sol pertenece a la galaxia y gira en torno de ella, según los cálculos más rigurosos llevados a cabo por el profesor y por mí, en unión de otros astrofísicos, va camino también de entrar en el «juego» de esa colosal desintegración.

Parecía estar en vena de confidencias técnicas, ya que, tras una breve pausa, siguió, quizás impulsado por hablar de lo que había hecho toda su vida:

—Colosal desintegración, repito, que puede tener sus motivos lógicos, aunque a nosotros, simples mortales, se nos antoje caprichosa y también catastrófica, teniente.

—¡Es terrible!

—No tanto, teniente. Mirando las cosas desde un plano superior, ¿podemos asegurar que a la creación de nuestro Sistema Solar, de nuestro mundo, no precedió una catástrofe igual que arruinó otros mundos, aniquilando a otras razas?

—Me exige usted un formidable esfuerzo de imaginación, a la par que me despegue del interés por lo puramente humano, amigo Paul.

Dio visibles muestras de que el título de «amigo» no le había hecho mucha gracia, pero replicó con prontitud:

—En la Creación nada muere, teniente. Hay un axioma que dice: todo camina hacia la muerte y todo germina hacia la vida. Si somos capaces de comprender esto y aceptarlo, ya el Universo no se nos antoja un caos.

Peter Vilar quedó un instante silencioso ante aquel razonamiento, hasta que acertó a contestar:

—Ustedes, los científicos, especialmente los astrónomos, están tan acostumbrados a asomarse a esas maravillosas ventanas por las cuales observan gran parte del inmenso Universo, que creo que sus pensamientos se contagian de esa misma grandeza. ¡Yo diría que ven las cosas con ojos de gigantes!

—Gracias, teniente. ¡Es muy halagador lo que dice!

—Es bien cierto, Paul. En estas semanas en que obligatoriamente, por mi servicio he tenido que tratarles a ustedes, he podido darme cuenta de la nobleza de sentimientos y de corazón que, por ejemplo, muestra el profesor Hathaway. ¡Y no importa que, a veces, en especiales circunstancias, muestre su mal genio!

—Es un hombre genial, teniente. ¡Yo diría que único!

—¡Lo es! Y por eso, a veces, pensando en su genialidad, he intentado preguntarle directamente si no encuentra otra solución. Algo que sea menos brusco, menos peligroso que intentar sacar a la Tierra de su órbita normal, haciéndole como él dice «La guerra al Sol».

Paul Román parecía volver a sentirse molesto al repetir:

—Le he dicho que no hay otra solución. Claro está, a no ser un suicidio colectivo. O, lo que es lo mismo, dejarse llevar por el Sol como hasta ahora y aceptar el fin.

Pareció olvidar la clasificación de las cartas, para poner toda su atención al razonar:

—¡Es más! Le diré que ya es mostrarse genial el haber encontrado esa única solución que, si bien será violenta y costosa, al menos admite la posibilidad de que un tercio de la población pueda salvarse...

—¿Un tercio? —repitió como un eco el policía—, ¿Solamente un tercio calculan ustedes, Paul?

—No son cálculos nuestros, teniente. De ello se han cuidado otros especialistas en estos días. Hemos recibido sus meticulosos comunicados y, al coincidir muchos, al parecer ésa es la cifra más alta que pueden dar.

—¡Será horrible!

—Aun así, Jacques Hathaway merecerá el recuerdo eterno de los que vivan. En justicia, las futuras generaciones de la Nueva Tierra deberían adorarle como a un dios. Si él no llega a advertirnos del peligro, todo habría sido hecho demasiado tarde.

—¿Y cuándo? ¿Cuándo calculan ustedes que puede suceder?

—Tranquilícese, teniente. Observo que hay angustia en su pregunta. ¿Tiene miedo?

—No es un miedo físico, Paul —se defendió débilmente —. En todo caso, es miedo por los seres queridos. ¡Miedo por toda la Humanidad! ¡Por todo lo que se puede perder!

—Piense más bien en todo lo que aún se puede salvar. ¡Eso le consolará!

—¿Lo ve, Paul? Siempre sus pensamientos son más elevados, más sutiles.

—Quizá es que enfoco el problema en su real dimensión.

—Antes no contestó a mi pregunta. ¿Cuándo? ¿Cuándo, Paul?

—No sé, teniente; todo depende. Hay muchos factores a tener en cuenta que así, de memoria no pueden contestarse. No es sólo la velocidad de traslación que conocemos, las distancias, las inclinaciones sobre la elíptica y las fuerzas gravitatorias de les tres factores importantes. A saber: Sol-Tierra-Galaxia. No olvide que el profesor Hathaway llama «singularidad» al fenómeno cósmico que se está produciendo. Y como singularidad y fenómeno, tiene el privilegio de estos dos factores llenos de posibles sorpresas.

—No termino de entenderle, Paul.

—Se lo diré más claro, teniente. Me refiero a que las ondas gravitatorias que emiten esas explosiones nucleares en el centro de la galaxia, anuncian fuerzas poderosísimas que precisamente entran en ese fenómeno de la «singularidad». Lo que vienen a ser nuevos factores en el campo de la energía y la fuerza. Alteradas éstas, es posible que todo cambie y que a una distancia que normalmente para nuestros cálculos se nos antoje todavía zona de relativa seguridad, se convierta en el punto de atracción absorbente hacia el centro de la galaxia. ¿Me ha comprendido ahora?

—Sí, sé lo que ha querido decirme.

—Por eso no puede asegurarse nada y cuándo antes se tomen las medidas, mucho mejor.

Pero ansioso, menos ducho en los cálculos científicos y más atento a los latidos de sus sentimientos humanos, Peter Vilar insistió aún:

—Pero ¿más o menos, cuándo, Paul? ¡Aunque sea así, por encima!

Sin saber porqué, dando un brusco cambio en la conversación, Paul Román contestó con otra pregunta:

—¿Desea saberlo para pedir la mano de la señorita Hathaway, teniente?

Peter Vilar le miró intensa y directamente a los ojos. En aquel terreno se sentía de igual a igual. Por eso contestó sin rodeos:

—Ése es uno de los motivos.

—¿El principal, teniente?

—Piénselo así si quiere Paul... ¿O le molesta?

Paul Román sonrió por primera vez, para decir con autosuficiencia y burla en su tono:

—Verá usted, teniente... ¡No me molesta porque usted jamás será el esposo de Alida Hathaway!

—¿Por qué dice eso?

—Porque estoy seguro, teniente... ¡Muy seguro!

Con un gran manojo de cartas sé apartó de la mesa, dirigiéndose luego hacia la puerta de la habitación, pero, antes de salir, reafirmó una vez más:

—Tan seguro como que la Tierra va hacia esa catástrofe...

Capítulo XI

Las comprobaciones fueron multiplicándose desde los observatorios mejor situados en las Bases Espaciales. Nuevos ingenios fueron lanzados al espacio y, en un derroche como de aquél que se lo juega todo a una carta, todos los países con tribuyeron para que los estudios astronómicos tuvieran prioridad absoluta sobre todas las otras actividades en el amenazado planeta Tierra.

La Humanidad daba la sensación del hombre que, viendo arder la casa del vecino, arroja polla ventana sus objetos más valiosos en un desesperado intento de salvar lo que más pueda.

Y, en correlación con las flaquezas y la condición humana, la disciplina fue preciso imponerla con mano dura y tomando enérgicas medidas para todo aquél que se desbandara. Era como en las remotas épocas de Roma, cuando el mismo pueblo aterrado por la amenaza de la invasión de los pueblos bárbaros, pedía a voz en grito un dictador que supiera llevar con riendas firmes la vacilante carreta del Estado.

De pronto, de la noche a la mañana empezaron a brotar de la tierra astrónomos y matemáticos que gritaban que ellos también habían descubierto los fenómenos cósmicos anunciados por el profesor Hathaway. Posiblemente algunos de ellos eran sinceros, pero la mayoría correspondía a esa clase de gente que, una vez que alguien les ha mostrado el camino a seguir, ya pretenden ser los guías y los primeros en todo.

Pero había mucho que hacer para fijarse y reprochar estas menudencias. A fin de cuentas, convencidos los gobernantes de lo que debían hacer, cuantas más voces autorizadas lo gritaran, las inmensas muchedumbres de ciegos que se negaban a aceptar las órdenes pertinentes ante la cruda realidad, más pronto se pondrían a obedecer.

¡Y cosa extraña!

Pese a los incrédulos, a los rebeldes, a los que el pánico les desbandaba lanzándoles a cometer mil tropelías, juzgada en conjunto, la raza humana dio un hermoso ejemplo de solidaridad, dedicando sus esfuerzos a una tarea común que apremiaba cada día más.

Y es que, se quiera o no, la desgracia muchas veces descubre en el fondo del alma humana más luces que en la prosperidad. O, en otras palabras, cuando los hombres se ven unidos para algún fin, descubren que pueden alcanzar también otros fines cuya consecución depende de su mutua ayuda.

Sin duda alguna la vida quedó trastocada. El conocimiento general del peligro que se corría hizo cambiar a la gente muchos conceptos y costumbres antes respetados. Sobre todo en los faltos de espíritu, en los más débiles, en los apocados, en los pesimistas eternos que pensaban que, si sólo podría sobrevivir una tercera parte de la población, ellos no contarían entre los afortunados.

Entonces, ¿para qué trabajar? ¿Para qué afanarse tanto en tomar las medidas que ordenaban las autoridades?

De aquí al desenfreno y al delirio, con moral caduca de vencidos de antemano, mediaba sólo un paso. Muchos le dieron y fue el último: los piquetes recorrían la calle imponiendo la disciplina.

Disciplina que en la mayoría de los sitios se impulsó, porque ésa es la perfecta cooperación y eso... Bueno: ¡Eso es uno de los más valiosos atributos de la civilización!

* * *

Con voluntad, con trabajo y con disciplina, fueron adelantando los preparativos para el «viaje» más portentoso y singular que a la raza humana le había cabido en suerte realizar.

¡Ahí era nada!

Deslizarse por el espacio en la rugosa plataforma de su propio planeta con rumbo hacia el infinito. La singladura de aquel viaje se desconocía y, por supuesto, se aceptaba que sería sin escalas ni puertos donde refugiarse, si azotaba el viento de las tormentas siderales.

Sólo parecía ofrecer una ventaja: se viajaría con todo el «equipaje». Aunque en los temidos tumbos y vaivenes, se perderían las cosas más preciadas que a la Humanidad le habían costado siglos de civilización edificar.

Pero, como algunos optimistas decían:

—Viejas glorias del pasado, que dejarán sitio para que edifiquemos las del futuro.

Hasta había los que, a fuer de tener que consolarse, aseguraban que todo aquello no vendría mal. Se les antojaba como un oportuno otoño que sacude las hojas viejas de los árboles, para que surjan en la primavera los nuevos brotes que darán dorados frutos.

Los frutos de la tierra no se multiplicaron. Al contrario, se abandonaron los surcos y nadie quiso ya sembrar una cosecha que no sabían si recolectarían. Pero los frutos humanos sí: fue como cuando una colmena es

medio destruida. La reina se esfuerza con su abultado abdomen en poner huevos, que en su día puedan sustituir a las obreras necesarias para libar el polen de las flores, con el cual fabricarán, laboriosas y sufridas, la cera y la miel.

Fue, como cuando en los pueblos antiguos la peste o la guerra asolaba las aldeas.

Ancestral instinto de la conservación de la especie, que se esfuerza en ciego afán por compensar las posibles pérdidas que va a sufrir o ya ha sufrido.

Con explosiones nucleares entre las estrellas o no. ¿No hay armonía en el Universo?

* * *

Peter Vilar sintió también las fuerzas de este ciego instinto, y se atrevió a hablar a la muchacha rubia, de grandes ojos verdes como las esmeraldas y la esperanza.

Por su parte, Alida Hathaway le estaba esperando como las flores esperan el rocío. Que una mujer puede adivinar si es amada, pero no puede decidir ella la partida.

Sin embargo, con su natural franqueza, exclamó:

—¡Al fin, hombre! Creí que nunca te ibas a decidir.

—No quiero que pienses que deseo que seas mi esposa, como muchos que se casan ahora, Alida. Mi inclinación por ti empezó mucho antes que yo supiera todo lo que está pasando. Fue en aquel largo viaje en donde...

—¿Qué importa eso, Peter? Yo también te aceptaría a ti en circunstancias normales.

Era la primera vez que la estrechaba entre sus brazos y, tras la dulce caricia del beso, pensando que aquella felicidad podía resultar corta, efímera, Peter Vilar preguntó:

—Dime, Alida... ¿No tienes miedo?

Le miraba a los ojos y contestó:

—Sí... A veces me pongo a pensar y me horrorizo. El otro día mi abuelo estaba pasando unas películas de terremotos, incendios, inundaciones y tormentas marinas. La sala estaba llena de gente que había venido a verle y yo... yo, Peter... incapaz de contenerme salí gritando.

—Lo sé, amor mío, yo estaba junto a tu abuelo y te oí.

Le acarició los dorados cabellos.

—Lo hacen para habituarse y procurar encontrar los medios más idóneos en casos parecidos. En muchos países también se pasan ante el público películas como ésas. Hasta se hacen prácticas de salvamento.

—Todo es tan confuso, Peter... ¿Dónde crees que nos detendremos?

—He hablado con tu abuelo sobre esto. No quiso contestarme directamente porque al otro día daba una conferencia y me dijo que podría oírle. Les dijo que si bien Centauri es la estrella más próxima a nosotros, a una distancia de 4 años-luz, según el plano de nuestro deslizamiento en el instante que nos liberemos de la fuerza del Sol, nuestra posición no será la requerida para que pueda atraernos.

—¿Entonces? ¿Viajaremos errantes sin encontrar un nuevo Sol?

—Tu abuelo tiene nuevas teorías con respecto a esto. Dice que con esas explosiones nucleares en el centro de la galaxia, si bien se traga muchas estrellas, surgen otros nuevos Sistemas. En la reunión había otros astrónomos y uno de ellos opinó que tu abuelo tiene razón. El polvo cósmico son fragmentos que más tarde se convierten en planetas y quedan en órbitas fijas, hasta que millones y centenares de millones de años después, otra vez empieza el colapso de las estrellas.

—¿Es como un ciclo?

—Sí, Alida, eso creí entender. ¡Ya sabes cómo hablan entre ellos!

Mimosa, refugiándose en el pecho masculino e inclinando su dorada cabeza allí, la muchacha protestó:

—Hemos tenido mala suerte, Peter. Pudimos nacer un siglo antes o un siglo después. Así no sé los años que voy a poder quererte, el tiempo que podré ser tu esposa.

—Al contrario, cariño. ¡Hemos tenido mucha suerte! Sobre todo porque un hombre como tu abuelo ha podido avisarnos a todos de lo que se avecina, y encontrar una solución que, aunque desesperada, no deja de tener posibilidades.

—Sí... ¡Ya sabes lo que calculan! Sólo una tercera parte se salvará.

—¡Nosotros seremos de ellos, Alida! ¡El corazón me lo dice!

—¿Y en qué mundo nos encontraremos, Peter?

—¡Lo importante es vivir, amor mío! El nuevo mundo lo haremos nosotros: los hombres y las mujeres que queden. Y con una gran ventaja sobre nuestros antepasados remotos. Poseemos una cultura, una civilización.

—Quizá todo quede destruido.

—¡El espíritu de superación no se destruye!, Alida! ¡Es un don de Dios!

Comprendió que necesitaba animarla y se encontró diciendo con calor:

—Los que logremos sobrevivir, poseeremos un sistema bien organizado del pensamiento, de la expresión, de la vida social. Poseeremos a la vez, el sentido de la organización, la solidaridad y la unidad de destino, común a todos, ya sin barreras ni falsas fronteras económicas o políticas. Y esta variedad de cultura que será aglutinada, es la sal de la vida.

Ella le volvía a mirar con el color verde de sus pupilas y musitó quedamente:

—¡Oh, Peter! ¡No sabes el bien que me hace oírte hablar así! Yo... yo diría que ya lo haces como mi abuelo,

—Me alegro mucho que sea así, mi amor. ¡Tu abuelo es formidable! ¡Un hombre único, digno ejemplar de una raza! ¡Y si algo tengo de él...!

—Pienso también en él y sé... ¡Sé que él no podrá resistirlo!

—¿Por qué no? Se están haciendo muy buenos refugios en los que podremos vivir, si es preciso, durante años. Fuera, en el exterior podrá faltarnos la luz del Sol. Pero la Tierra arde aún en sus entrañas y sabes que hace tiempo ya explotamos estas formidables fuentes de calor y energía. Me han dicho que la atmósfera nos acompañará arrastrada por la misma Tierra. Y si encontramos pronto ese nuevo sol...

—Será como cuando un niño sin padres busca el calor de un hogar.

—Es buena semblanza, Alida. Un planeta vagabundo, errante por los espacios siderales, buscando un padre bondadoso que le prohijé.

—¡Dios nos ayudará!

—Lo hará, Alida. ¡Lo hará!

Capítulo XII

Hacía once días que no dormían. Vivían a fuerza de inyectables y productos químicos que a la vez que reactivaban sus funciones, les servían de alimento.

Pero el anciano profesor Jacques Hathaway aprovechaba cada minuto de su tiempo inclinado sobre su mesa de trabajo, en una labor febril capaz de agotar incluso a sus más robustos colaboradores: un centenar de los más famosos astrofísicos y hombres de ciencia, que instalados también en el Observatorio Astrofísico de Wosmoreland, eran los perpetuos' vigías que continuaban escudriñando el cielo.

Todo estaba dispuesto tras una ardua labor de conjunto, y desde los más apartados rincones del planeta se esperaba la cuenta atrás, que empezaría en el mismo instante que las condiciones cósmicas lo aconsejaran.

Y esta orden debía partir de los labios de un hombre de setenta años, que respondía por el nombre de Jacques Hathaway.

El nuevo Galileo, como ya se le empezaba a conocer.

Junto a él también se mantenía en pie su ayudante predilecto Paul Román, que, aunque mucho más joven, parecía más agotado, Lo que nunca le había ocurrido pasó al décimo día de aquella agotadora labor: el propio profesor Hathaway tuvo que rectificarle un par de cálculos de vital importancia, recomendándole en voz baja, para que el resto del equipo no se enterase:

—Por favor, Paul. ¡Pon más atención! Esto no es como cuando un niño se equivoca al sumar en la escuela.

—Lo siento, profesor... ¡Pero estoy nervioso!

—Un par de horas más y todo quedará listo. Podremos descansar luego un día y entonces sólo tendremos que esperar, Paul ¡Ya casi está hecho todo!

La labor siguió infatigable hasta que, tres horas más tarde, todas las mediciones y cálculos, quedaron realizados con una antelación de varios días. Los cuerpos celestes nunca se retrasan en su carrera por el espacio, por lo que se podía predecir que ya no tendrían que volver a quemarse las pestañas más.

Sólo esperar.

Esperar a que el Sol alcanzase la posición deseada, conjugando con la posición óptima para que la Tierra se desprendiera, tras la eterna noche de los millones de siglos, de la órbita normal que había venido siguiendo desde el mismo día de su creación.

El resto de los científicos también se retiró a descansar, desfilando como cadáveres vivientes ante su anciano jefe, que quiso quedarse el último. El último para ir estrechando las manos laboriosas y amigas de aquellos hombres, a los cuales estaba seguro no volvería a ver más.

Al fin quedó solo ante Paul Román y le aconsejó amistosamente:

—Retírate, Paul... ¡Te has ganado un buen descanso!

El joven astrofísico hundió con fatiga las manos en los bolsillos de su bata gris y su voz sonó muy ronca al decir:

—Usted también, profesor... ¡Se ha ganado un descanso que será eterno!

Jacques Hathaway había inclinado la cansada cabeza sobre sus manos, pero descubrió su fatigado rostro lleno de arrugas al captar el tono de la voz de su ayudante. Cuando sus ojillos miraron aquellas pupilas tan conocidas, tuvo la extraña impresión de que las miraba por vez primera.

Paul Román estaba como transfigurado y en su mano derecha, fuera ya del bolsillo de su bata gris, empuñaba un arma...

La voz casi no le salió al anciano al preguntar:

—¿Qué te pasa, Paul?

—Veo que su cerebro ha quedado tan embotado que tendré que decírselo, abuelo...

—¿Abuelo? ¡Es la primera vez que me llamas así, Paul!

—También es la primera vez que me voy a sublevar contra usted, viejo cascarrabias. ¡Le he estado aguantando durante mucho tiempo y por fin ha llegado mi hora!

El famoso astrofísico no alcanzaba a comprender aquella insolente y amenazadora actitud. Por un instante pensó en los días de constante trabajo y formuló, ansiando que fuera verdad aquella razón:

—Debes estar muy fatigado, Paul. Tu cerebro es el que decide bien aquí. Tan bien, que durante de veces y...

Fue a moverse, pero la voz de su ayudante tronó imperiosa:

—¡Quieto, majadero! Voy a demostrarte quién es el que recibe bien aquí. Tan bien, que durante siglos y siglos el nombre de Paul Román será pronunciado por todas las generaciones futuras con admiración.

—¿Qué estás diciendo?

—Voy a ser yo quien haga los últimos retoques a los cálculos y el que dé la orden para que empiece la cuenta atrás, abuelito...

—¿Tú, Paul?

—Sí... Yo, porque tú vas a morir. Será una lástima, pero es preciso. A nadie le extrañará que, con esas dosis de productos químicos que llevamos dentro, a un viejo como tú le dé un ataque.

Empezaba a entrever la verdad, pero preguntó:

—¿Por qué, Paul?

—Es muy sencillo, mi querido profesor... Te lo he oído decir más de una vez a ti. «Lo viejo debe morir para dar paso a lo joven y lo fuerte.» «El mundo es constante renovación.» «La evolución normal de las cosas es...» ¡Bonitas palabras y discursos me soltabas, viejo parlanchín!

—No hay duda, Paul. ¡El mucho trabajo te ha vuelto loco! La fatiga y...

—¡Nada de eso! Jamás he estado más lúcido. Lo he planeado todo muy bien y nadie podrá sospechar de Paul Román, el más fiel ayudante y colaborador del insigne profesor Jacques Hathaway, al que siempre secundó y con el que jamás estuvo en desacuerdo.

—¿Y no fue así, Paul?

—¡Por supuesto, profesor! Hemos sido dos cerebros, con un mismo pensamiento. El mismo fin nos ha guiado durante años, pero con la diferencia de que ahora yo reclamo toda la gloria y tú vas a morir... según opinarán muchos, cansado de tanto trabajar, cosa que dejará tu nombre en sitio privilegiado de la Ciencia... ¡Ya ves si soy generoso! Te permitiré morir ahí... ¡Al pie del cañón, como se suele decir vulgarmente!

—¡Lo que intentas es una locura, Paul! No es que me importe mucho mi vida, muchacho. Pero si tú haces los últimos cálculos, si tú tienes que precisar el instante en que la Tierra...

Se interrumpió, teniendo que cerrar los ojos ante la horrible visión de lo que podía significar un error. ¡El más leve error!

Pero al instante volvió a abrirlos para seguir luchando por lo que consideraba sagrado para él.

—Por favor, Paul, se juicioso. ¡No te dejes llevar por la soberbia! Te prometo que diré a todos que delego en ti... aunque yo tenga que estar a tu lado. ¿Qué deseas? ¿Esa hipotética gloria de haber sido tú el que arranque a la Tierra de su órbita? ¡La tendrás! ¡Si soy capaz de todo con tal que nada salga mal! Tú tienes probabilidades de supervivir en la Tierra Nueva. Cuando todo pase, cuando la vida pueda ser nuevamente organizada, todos sabrán que tú me ayudaste hasta el último instante y quedarás entre ellos para ufanarte. ¿No es eso lo que quieres?

—Te equivocas, abuelo. ¡Quiero algo más!

—¿Qué es, Paul? ¿Mi...?

—¡Lo has adivinado ya, viejo zorro!

Había comprendido; era cierto que sentía el cerebro embotado y que con aquello tan inesperado aún notaba doble fatiga. Pero había creído observar por mil detalles que Paul Román también se interesaba por su nieta Alida y...

—Yo no soy dueño de Alida, Paul... ¡De su vida sí que no puedo disponer!

—Por lo menos pudiste rechazar a esa mula de Peter Vilar.

—¡Mi nieta le quiere!

—No podrá amar a un cadáver.

—¿Cómo? ¿Piensas matarle también? ¿Ya le has matado? ¿Qué hiciste con Peter?

—No está en situación de preguntar, amigo.

Le estaba alargando la mano que no sujetaba el arma, mientras le ofrecía burlón:

—Toma esta nueva dosis bien cargadita. ¡Todo será muy fácil!

El anciano Jacques Hathaway retrocedió, pero su cuerpo delgado pronto tropezó con el tablero de su mesa de trabajo. Quedó quieto y rígido allí, negándose ya a intentar razonar con aquel loco ambicioso, al rechazar con su característica energía:

—¡No! ¡Tendrás que disparar, canalla! ¡Jamás pude sospechar que caerías tan bajo!

—Son las circunstancias, viejo. ¿No estamos todos expuestos a morir? ¿Qué importa entonces hacerlo más temprano o más tarde?

Con la fuerza que le daban sus elevados conceptos, el anciano replicó:

—¡Hay una gran diferencia! Aunque un hombre ruin como tú no sea capaz de captarla... Como bien dices, morir más temprano o más tarde, es cosa de poca importancia. ¡Lo que importa es morir bien o mal! Morir por defender algo digno, o por haber intentado algo vergonzoso o indigno... ¡Ahí está la diferencia!

—¡Palabras, viejo! Tú siempre has tenido muchas.

—Las que empleé contigo de nada sirvieron, Paul... ¡Lo veo!

—No seas testarudo, abuelo; si vives, nunca me permitirías casarme con tu linda nieta. Por otra parte, está lo que antes te dije y, además... ¡Si te voy a hacer un favor!

—¡No! ¡Vas a robarme la vida y la gloria de todo mi trabajo! Pero te repito que no es esto lo que más me importa, sino que no pueda estar alerta

cuando sea el momento propicio para que la Tierra...

—Eso lo haré yo. ¿Vas a tomar esto? Un buche de agua y... ¡Te ahorraré los horrores de ese fantástico viajecito por el espacio, en busca de un buen Sol!

—¡Dispara ya! —le retó.

—No voy a caer en tu trampa. Te golpearé y te haré tragar esto.

Avanzó hacia su víctima, que inútilmente intentaba desaparecer, esforzándose en incrustarse contra la pared de la habitación. La mano armada de Paul Román seguía apuntándole y en la otra, extendida hacia el anciano, continuaba invitándole con risa burlona:

¡Traga un poquito, viejo! ¡Es un compuesto muy sabroso! ¡Anda, hombre!

Jacques Hathaway pensó con horror que, si le golpeaba y más tarde le hacía tragar aquello en estado inconsciente, no despertaría más.

Y mientras él viajase llevando su alma al país de los eternos sueños, la Tierra continuaría avanzando hacia el sitio ideal para iniciar el más audaz, el más sorprendente y el más desesperado intento de los hombres...

Capítulo XIII

La pistola de reglamento de Peter Vilar sólo tuvo que soltar un leve chasquido y con él se mezcló un grito de angustia que no llegó a cuajar del todo.

Paul Román cayó al suelo, siendo un montón de carne chamuscada antes de llegar sobre el piso del cuarto de trabajo. Allí empezó a humear y a consumirse, contrayéndose y dando la impresión de que «aquello» que había sido un hombre unos segundos antes, aún sufría.

No era así.

El rayo «lasser» tenía el suficiente poder para arrancar la vida en una sola fracción de segundo.

Jacques Hathaway tuvo que cubrirse los ojos con ambas manos, incapaz de resistir aquella horrible y desagradable visión que se ofrecía a dos palmos de sus pies. Luego logró avanzar unos pasos, pero, antes de llegar al asiento ante su mesa de trabajo, sintió que dos manos robustas le sujetaban, a la par que una voz conocida deseaba saber:

—¿Está bien, profesor?

—En el mundo de los vivos gracias a ti, Peter. ¡Ese canalla me quería asesinar!

—Oí sus últimas palabras, señor. Si no dispare antes fue por temor a alcanzarle a usted.

Y luego, cuando consiguió sentarle, añadió como excusa:

Perdóneme, profesor. Sabe que nunca le dejo solo, pero recibí una nota de Ali y...

—¡Pobre Ali! Ese monstruo la quería hacer su esposa. ¡Le roía la ambición de la gloria v el odio hacia ti!

—Debe retirarse a descansar como todos, profesor. ¡Lleva varios días sin dormir!

Era preciso, Peter. ¿Y qué importa el sueño y la fatiga de un pobre viejo, cuando se puede intentar salvar a gran parte de la Humanidad?

—Precisamente por eso debe cuidarse.

Dejó que las manos fuertes del joven le levantaran, pero aún objetó:

—Ya falta poco, mi joven amigo. ¡Luego la Tierra podrá seguir sin mí!

—¿Cómo? ¿Qué dice, profesor?

—¡No! ¡Nada! ¡Nada, Peter! Tienes razón; ahora debo dormir unas horas. ¡Me siento rendido!

* * *

Alida Hathaway negó haberle enviado ninguna nota y al ponerse a observar la letra del papel escrito, al instante exclamó:

—¡Es letra de Paul! ¡La conozco bien!

—Sí, Ali. Ya me lo he figurado. Pero él contaba con que yo no conocía la tuya.

—¿Y por qué lo ha hecho, cariño?

Tuvo que explicárselo en pocas palabras.

—Fue preciso, Ali. Vi desde lejos que ya alzaba la pistola para castigar a tu abuelo y... ¡Disparé!

—¡Parece increíble, Peter!

—No tanto. A ese canalla le movían dos poderosas fuerzas. El odio y la ambición. ¡Un hambre de gloria que jamás se vio satisfecha, por vivir a la sombra de un hombre tan famoso como tu abuelo!

Las sirenas empezaron a sonar y todos supieron que la cuenta atrás había empezado.

En aquellos instantes, con intervalos de muy pocos minutos, en todos los rincones de la Tierra las señales sonaron como trompetazos del Juicio Final. La gran aventura empezaría exactamente cuarenta y ocho horas después de aquel primer aviso. Se esperaba que serían dos largos días caóticos, llenos no solamente de la natural zozobra de la espera, sino de los fenómenos humanos más inesperados y sorprendentes.

Histerismo, llantos, gritos; lágrimas, bramidos, oraciones; cánticos, plegarias, rezos; riñas, peleas, luchas; borracheras, abusos, violaciones; robos, crímenes, delitos; otra vez lágrimas, lamentos, imploraciones...

Toda la gama de la variada fauna humana, manifestándose en sus múltiples formas y tonos, en una horrible sinfonía que también retumbaría en el Universo, como las explosiones nucleares de las lejanas estrellas.

Pero cuando llegase el último segundo de la cuenta atrás, el silencio reinaría ominoso hasta que otro ruido infernal, parecido al estallido de mil soles, propulsara al planeta Tierra que, por intervención del hombre, abandonaba a su padre Sol y a sus hermanos los planetas del Sistema, para

evitarse la destrucción que amenazaba a los otros...

* * *

Muchos años después, los supervivientes pudieron empezar a broncear su piel bajo un nuevo Sol, que había adoptado con su familia de planetas a la viajera Tierra.

Cuando la vida empezó a ser organizada y fueron superados los primeros obstáculos, como siempre había sucedido, la raza humana se puso a pensar en otras cosas menos esenciales e inmediatas. Así se supo, por todos los que le habían conocido, que entre los vivos no estaba el profesor Jacques Hathaway.

Peter Vilar y Alida Hathaway le buscaron afanosamente, pero resultó inútil su esfuerzo, hasta que un día alguien captó un lejano mensaje que parecía venir del centro de la galaxia.

Era de una astronave pilotada por Jacques Hathaway, quien les dijo que él no había querido seguirles y se había quedado siguiendo a los otros planetas y al Sol suicida que continuaba su rumbo hacia la destrucción. Y como explicación se limitó a decir:

—Quería saber si estaba equivocado y... ¿Quién mejor para comprobarlo? Sé que jamás podré salir de estas fuerzas gravitacionales que me arrastran, trastocadas todas al faltar las leyes compensativas de nuestra querida Tierra. Ahora, la Luna gira en torno a Marte y éste se ha desplazado más lejos del Sol, convirtiéndose en otro satélite del gigante Júpiter.

Desde la nueva posición de la Tierra, recalentada por el nuevo Sol y girando en una órbita a miles de millones de su primitiva situación, los mensajes de aquella astronave tardaban mucho en llegar y no podían ser captados en su totalidad, pero su único tripulante y pasajero se esforzó y consiguió decirles:

—Yo inicié la guerra al Sol para intentar salvar a los que quedáis en esa Nueva Tierra que se llenará de vida y esperanza. ¡Por eso es justo que pague ante él mi tributo y me desintegre con él!

Y un día, dejaron de llegar los mensajes.

A cambio, en los observatorios astronómicos, que nuevamente empezaron a montarse en la Nueva Tierra, fueron captados los «ruidos cósmicos» que las ondas gravitacionales traían desde el corazón mismo de la galaxia.

Se calculó que millones de estrellas estallaron en explosiones nucleares.

Pero eso no le importaba mucho al Universo, ya que él seguiría su curso por los siglos de los siglos...

F I N

Próximo número:

El «Homo Sapiens» es el ser humano
libre y dueño de su voluntad.
Pero ¿cómo se llamara al que sólo
se le pida trabajo y descanso,
sin derecho a pensar?

HOMO FABER

LOUIS G. MILK

Últimos títulos publicados en esta colección:

MARTE, BASE DE ATAQUE - Clark Carrados

LOS INMORTALES - Lucky Marty

NAUFRAGIO SIDERAL - Peter Kapra

LA NAVE VENGADORA - Clark Carrados